

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

NUEVO VIAJERO UNIVERSAL,

ENCICLOPEDIA DE VIAJES MODERNOS

RECOPILACION DE LAS OBRAS MAS NOTABLES SOBRE DESCUBRIMIENTOS, ESPLORACIONES Y AVENTURAS,

PUBLICADA POR LOS MAS

CELEBRES VIAJEROS DEL SIGLO XIX,

HUMBOLDT, BRUCKHARDT, LIVINGSTONE, PARKYNS, HUC, CLAPPERTON, LEIGHARDT, ETC., ETC.

ORDENADA Y ARREGLADA

POR

DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA,

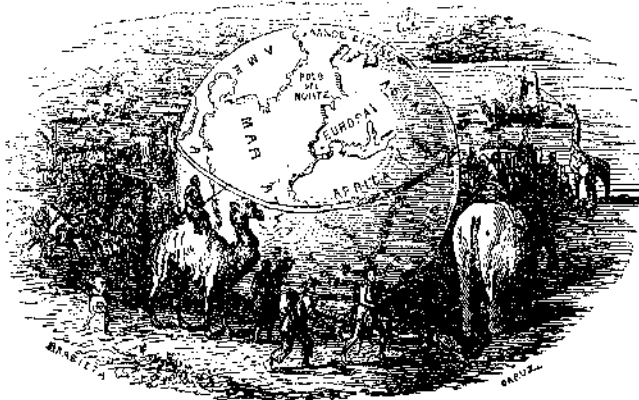
PARA FORMAR UN VIAJE MODERNO ALREDEDOR DEL GLOBO,

Y ADEORNADA

con profusion de mapas, láminas sueltas y grabados intercalados en el texto, representando vistas, trages, costumbres, aventuras, ceremonias, productos naturales y de la industria de los respectivos paises, retratos, etc.

TOMO IV.

OCEANIA.

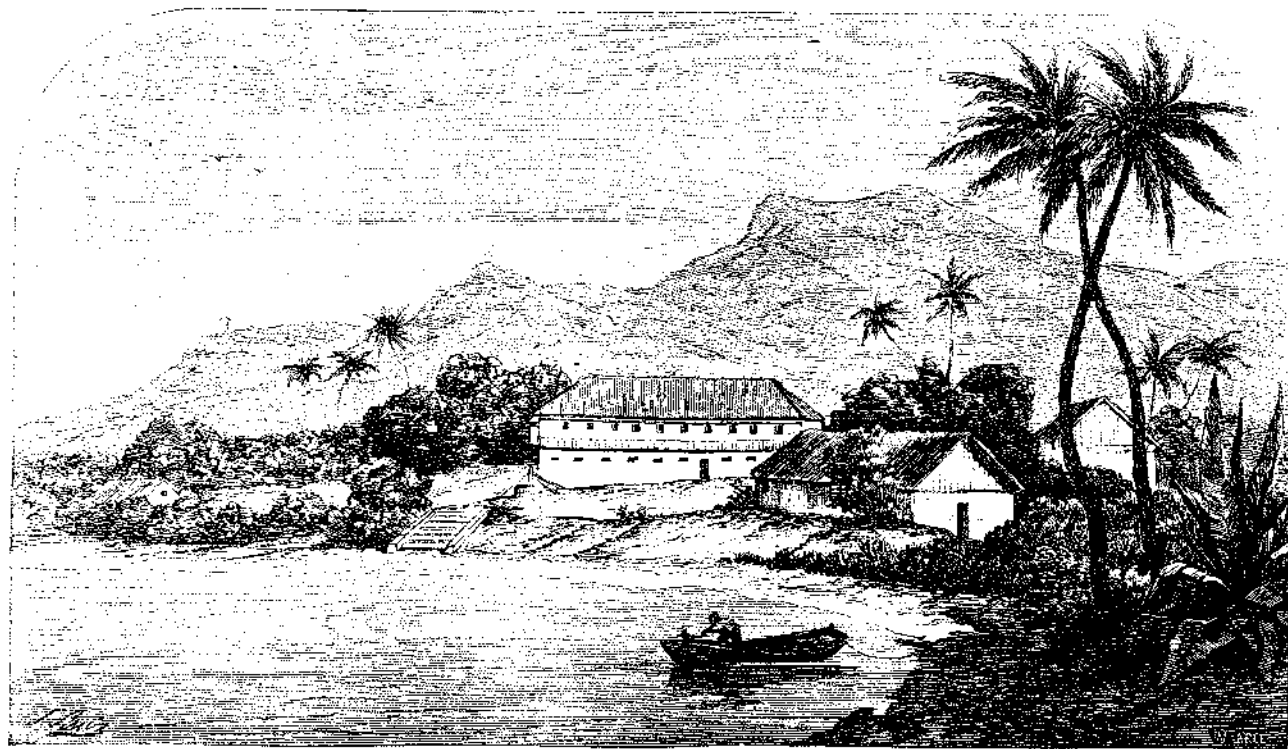


MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe, núm. 4.

1862.



VISTA DE LA CASA REAL DE PUVATA.—ISLAS MARIANAS.

sia, y muchas de sus leyes han sido adoptadas por los príncipes malayos y de Java.

Daremos la traducción de un fragmento de poema bugui bastante notable.

«Si el mundo entero te aborreciera, yo te amara todavía; yo te amara siempre: mi amor no se alteraría, aunque hubiese dos soles en el firmamento. Sepúltate en la tierra, ó pasa por enmedio del fuego: allí te seguiré yo. Nuestro amor es recíproco, y el destino no puede separarnos. Que Dios nos lleve juntos, ó sino, tu muerte me será fatal. Irritate ó no te irrites contra mí, mi amor siempre será el mismo. Tu imagen sola se pinta en el ojo de mis ideas. Duerma ó esté despierto, en todas partes te veo y te hablo. Si espiro, no digas que muero por el decreto ordinario del destino; di que he muerto de amor por tí. Nada es comparable á los deliciosos éxtasis de mi amor, etc., etc.»

Para concluir, citaremos un adagio que repiten los hombres instruidos, en los puntos mas civilizados de la Malasia.

«El veneno del cien-piés está en la cabeza, el del alacran en la cola, el de la víbora en los dientes; se sabe, pues, donde se encuentra el veneno de estos animales; pero el veneno del malvado está en toda su persona, y no es posible acercarse á él sin peligro.»

CAPITULO IX.

ARCHIPIELAGO DE LAS MARIANAS.

SUMARIO.

La isla Guaham.—Saipan y Rota.—Tinian.—Geología é historia natural.—Antigua religión de las Marianas.—Mágicos.—Carácter.—Usos y costumbres.—El culto de los amantes.—Licencia de las mujeres.—Trabajos.—Cumplimientos.—Ceremonias.—Clases.

Las Marianas están comprendidas entre los 13° 40' y los 20° 10' lat. Norte; son en número de diez y siete; su superficie cuenta unas 385 leguas cuadradas y distan de las Filipinas cerca de 400 leguas.

Las cuatro islas mas meridionales é importantes son Guaham (San Juan de), Rota, Saipan y Tinian. Según las noticias que hemos tomado en Filipinas, la población de Guaham asciende á 2.000 españoles y mestizos y 2.500 indígenas; total, 4.500 habitantes, y de ellos 1.000 en la sola ciudad de Agaña. Dicese que en lo antiguo su lia este número á 44.000.

La isla de Rota es la mas poblada, despues de Guaham. Saipan es una de las mayores y de mas arbolado. Tiene un volcan. Tinian es notable por sus monumentos ruinosos. Importa observar que, en otro tiempo, todas las islas situadas al Norte de Tinian, eran conocidas bajo el nombre genérico de islas *Gaham*.

Además de estas cuatro islas, el archipiélago de las Marianas comprende á Aguigan, donde los españoles han dejado establecer una pequeña colonia á los americanos de los Estados Unidos; la Asunción y Pagan, con sus volcanes; las dos islas, Farallon de Medinilla y Farallon de Torres. Anataran, Sariguan, Cigan, Guguan, Maugs, Gui, Uracas, Farallon, La Asunción y Farallon de los Pájaros, que no ofrecen nada que de notar sea, ni por su estension ni por el número de sus habitantes.

Solo describiremos los principales.

La isla de Guaham tiene 30 leguas de circuito, y sus montes mas elevados son, el Ilikio, el Tonkio y el Langayaso. Posee aguas ferruginosas y algunas bonitas habitaciones. Los puertos de Guaham son los mas seguros del archipiélago. El de Umata es buena estación por los vientos del Este. El de San Luis, al Noroeste, es tambien bueno, pero de difícil entrada. El pequeño puerto de Agaña, capital de la isla y del archipiélago, no recibe mas que prahus y piraguas;

pero la vasta bahía de Apra, que está en sus cercanías, recibe los buques mayores.

Saipan tiene una rada llena de fondos altos. Se la distingue de lejos, por su pico en forma de cono y de su volcan, casi siempre en actividad. Su arbolado es bueno, y según algunos antiguos geógrafos, se encuentra un lago de agua dulce en medio de la isla. En 1815 los españoles echaron de allí á los americanos. La separa de Tinian un canal de dos leguas. Su ancladero es poco seguro, hallándose el fondo erizado de corales.

Tinian, famosa por el relato de Anson, es pequeña y de desolado aspecto. En sus bosques, hay puntos de vista, verdaderamente románticos; pero el número de habitantes no llega á una veintena.

El archipiélago de las Marianas se compone de rocas calcáreas ó de masas madreporicas y capas volcánicas. Su suelo parece obra de volcanes submarinos, y Buffon creia que estas islas habian formado un solo país con el Océano Indico.

Guam, y sobre todo Saipan, son muy fértiles. Sin embargo, los bosques de Guam no tienen ese aspecto de grandeza y de superabundancia que distingue la vegetación ecuatorial. Varios de sus cantones están ocupados por vastas selvas.

Aguigan y Rota presentan la mas rica vegetación. El tamarindo, el cocotero, la higuera, la palma y otros muchos árboles alcanzan condiciones de ser maravillosos. Los españoles han introducido el amapá, el guayabo, el granado, la parra, el algodónero, el indigo y la caña dulce. No hay allí animales feroces ni reptiles venenosos. Abundan el árbol del pan, sandías, melones, y el *dunduc* de Filipinas (*artocarpus incisa*). El fruto de este último es verde por fuera y tiene la forma de una pera grande. La pulpa es blanca y suave; contiene quince huesos con el sabor á castaña una vez tostados. Tambien se cultivan hoy allí el arroz, el maíz, las patatas, el tabaco, las habas, los garbanzos, etc.

Las enfermedades del país son la erisipela, la sarna, la sífilis, la elefantiasis y la lepra, y los atacados de estas dos últimas ofrecen el aspecto mas repugnante y horrible.

Cuando llegaron los españoles, se encontraron con que los naturales, separados de las demás naciones por inmensos mares, ignoraban que hubiera otras tierras; y se consideraban los únicos hombres en el universo. Tenian su cosmogonía. El primer hombre habia sido formado de una piedra de la roca *Fanna*, islete en la costa occidental de *Guaham*.

«A pesar de lo ignorantes que son, dice el padre Gobien en su historia de estas islas, no creen que el mundo haya existido siempre. Le suponen un principio; y refieren acerca de esto fábulas expresadas en verso, que cantan en sus reuniones. No conocen divinidad alguna, y no tenian idea de religión hasta que se les habló del cristianismo. No habia en el país templos ni altares, sacrificios, culto ni sacerdotes. Decian solo que *Puntan*, hombre extraordinario, que vivia en el espacio, encargó á sus hermanos la tarea de hacer de sus hombros el cielo y la tierra, de sus ojos el cielo y la luna, y de sus cejas el arco iris.»

Entre los antiguos habitantes de las Marianas habia charlatanes que se echaban de profetas. Estos mágicos ó adivinos, llamados, en su lengua, *makalinas*, se habian acreditado con hacerlos creer que, mediante la invocación de sus parientes muertos, cuyos oráculos conservaban, tenian el poder de mandar á los elementos, de volver la salud á los enfermos, de cambiar las estaciones, de proporcionar una cosecha abundante y una buena pesca.

Cuando moria un indigena, se ponía una cesta junto á su cabeza para recoger el espíritu, suplicándole que, al dejar el cuerpo, viniera á colocarse en aquella cesta, habitan lo allí en adelante, ó á lo menos esco-

giéndola como sitio de descanso en las ocasiones en que los visitase.

Solían frotar los cadáveres con aceites olorosos, y pasearlos por las casas de sus parientes, para que eligieran habitación. *Hu, hu!* gritaban, y luego, pronunciando el nombre del difunto, decían: «Ahora que vuestro socorro nos es necesario, si os hemos sido queridos, socorrednos.» Otros depositaban los huesos en cavernas próximas á sus casas, denominándolas *goma alontig* (casa de los muertos). Creían, pues, en la inmortalidad del alma, y hasta tenían un paraíso y un infierno, designando este último con el nombre de *zazarraguan*, ó la casa de *Kaifi* (el diablo). *Kaifi* tiene un horno encendido, y en él calienta las almas como nosotros hacemos con el hierro, y les pega de continuo. Reducíase su paraíso á un lugar delicioso y debajo de tierra, lleno de cocoteros, cañas dulces y sabrosísimas frutas.

Ni la virtud ni el vicio conducían á tales parajes; nada aprovechaban al efecto las buenas ni las malas acciones: todo consistía en la manera de morir. Si era de muerte violenta, se iba al *zazarraguan*; si de muerte natural, al paraíso. Estaban persuadidos de que los espíritus los visitaban, y se les oía quejarse de ser atormentados por espectros. Durante sus pescas guardaban profundo silencio, ayunaban y se imponían otros sacrificios, por temor á los *ánimas* ó almas de los muertos. Tenían entera fe en los sueños. Todas estas supersticiones han desaparecido con la introducción del cristianismo.

El padre Gobian dice que las primeras clases se distinguen por sus nobles sentimientos y su amor á la verdad. Al revés los hombres del pueblo eran mentirosos, cobardes, inhospitalarios. Las buenas cualidades de los principales individuos se empañaban también por su increíble vanidad, comparable á la de la nobleza del Japon. Los habitantes del Norte de Guaiaro pasaban por ser mas feroces é indómitos que los de la costa del Sur. Igual observacion se ha hecho en la isla Timor.

Los modernos habitantes de las Marianas son mas perezosos que activos, sencillos, hospitalarios, y en general sumisos á sus jefes. Han olvidado casi su antigua lengua, y habían un español corrompido.

Antiguamente, como los demás salvajes, iban desnudos, y las mujeres solían cubrirse apenas las caderas. Se tenían de negro los dientes y de blanco el pelo, con aguas preparadas al efecto. Las mujeres gozaban de ciertos derechos; sus maridos no podían maltratarlas, ni aun en caso de infidelidad; podían sí divorciarse. Pero si ellos eran los que faltaban á la fe conyugal, la esposa ofendida se vengaba atrozmente. Reuniase con otras ó iban juntas á destruir las mieses del marido, á cortar sus árboles, á robar su casa. Cualquiera que fuese el causante del divorcio, la mujer podía volver á casarse: se llevaba los hijos y eran adoptados por el nuevo esposo; de suerte que el marido perdía á la vez hijos y esposa. En la casa, el marido no disponía de nada sin el consentimiento de su mujer.

Los lazos de familia eran y son aun muy estrechos entre los habitantes de las Marianas. En ninguna parte los padres muestran mas tierno afecto á sus hijos.

Cuéntase que, á la llegada de los españoles á Guaiam, un *matuo* (noble) de la aldea de Gnaton, habiéndose enamorado de una jóven y linda *mangachang* se huyó con ella; pero no pudo hallar asilo en las otras aldeas, porque se negaban á separarse de su compañera. Perseguidos por los padres del *matuo*, ambos amantes vagaron algun tiempo entre los bosques y las rocas mas inaccesibles. Una existencia tan precaria y miserable los redujo á la desesperacion y resueltos á poner fin á su vida, construyeron un recinto de piedra donde depositaron al niño, fruto de sus amores. Despues, subiéndose á la cima de una

roca, cortada á pico por el lado del mar, se ataron con los cabellos, se abrazaron estrechamente y se precipitaron en las olas. Los españoles dieron á esta roca el nombre de *Cabo de las Amantes*.

Antes de casarse reinaba en las mujeres la mayor licencia, y hasta había sitios á propósito donde se entregaban á sus lúbricos placeres. Pero, no se crea que iban allí tan solo las mujeres perdidas, como acontece en nuestras casas de prostitucion; iban las jóvenes principales sin que su honra se empañase por ello, y el hermano podía en aquellos sitios tener comercio carnal con su hermana. Los mismos padres llevaban allí á sus hijas, y aun existen las canciones que las madres las cantaban escitándolas á los gozos de los sentidos. Considerábase afrentoso el que una jóven se casase siendo aun virgen.

Cada una de las Marianas se dividía en aldeas, y cuando los trabajos eran de interés general, toda la aldea tomaba parte en ellos. Si un hombre de la aldea vecina pasaba cerca de los trabajadores, las mujeres corrían tras él y le obligaban á ayudarles; luego le llenaban de obsequios.

La manera antigua de saludarse era, en vez de besar la mano, olerla: este acto de politica recibía el nombre de *ñini*. El beso reciproco se llamaba *chumik*. Al entrar en una casa, decían: *adjan djo* (híeme aquí), sub-entendiéndose *para servirlos*. El dueño de la casa contestaba: *atti dhu?* (¿Quieres que te echo agua?) Sub-entendiéndose, *para lavarte los pies*. El que iba á visitar, si no aceptaba, decía: *ti guaitadji* (no es necesario), y si aceptaba: *adjan* (aquí). Cuando se veían en la calle, todo el ceremonial estaba reducido á dirigirse estas preguntas: *manu dhu* (¿á dónde vas?) *guini meno han* (¿de dónde vienes?)

Un *mangachang* se guardaba bien de pasar con la cabeza erguida por delante de un *matuo* (noble). Inclínase casi hasta tocar el suelo, y para hablarle, se mantenía en esta humillante posicion.

Los *matuos* de las costas tenían el privilegio esclusivo de la navegacion y de la pesca marítima; los del interior se ocupaban en el cultivo de los terrenos y en la pesca de los rios. El *achaot*, ó semi-noble, disfrutaba de cierto beneficio, ya en las pescas donde tomaba parte, ya en los cultivos en que trabajaba. Se hacia esto para escitar su celo. El *mangachang* no tenía derecho á ningun salario, y se le trataba con tal desprecio, que no podía dedicarse á los trabajos propios de las clases elevadas. Hoy las naturales se ocupan en las labores agricolas y en las tareas de la industria, sobre todo en la destilacion.

CAPITULO X.

ISLA TINIAN.

SUMARIO.

Monumentos.—Danza y música.—Baile pantomimico del emperador Moteruma.—Baile del palo vestido y desnudo.—Lengua.—Calendario.—Resena histórica de las Marianas.

En la relacion del viaje alrededor del mundo, verificada en 1741 por el almirante inglés Jorge Anson, se lee lo siguiente.

«En varios lugares de la isla Tinian se encuentran ruinas que prueban evidentemente que el país ha sido muy poblado. Estas ruinas consisten, casi en su totalidad, en dos filas de pilares de figura piramidal y cuyas bases son cuadradas. Estos pilares se hallan como á seis pies de distancia uno de otro, y de una á otra fila hay 12 pies: la base de los pilares tiene unos cinco pies cuadrados, y su altura llega á 13 pies: tienen por capitel un hemisferio. Tanto los pilares como sus capiteles y bases están formados de un cemento de arena y piedra, y cubiertos de yeso. Su-

poniendo que sea verdad lo que nos contaron nuestros prisioneros acerca de estas ruinas, debió de ser grande en otro tiempo la población de esta isla; porque según ellos, pertenecían dichos pilares á monasterios de indios; y esto nos pareció tanto mas verosímil, cuanto que entre los paganos se hallan varias ruinas de igual género. Aunque sólo fuesen restos de habitaciones ordinarias de los naturales, siempre sería preciso convenir en que el número de estos últimos fue muy grande, porque casi toda la isla está sembrada de semejantes edificios.»

La relación que los isleños de las Marianas hicieron al almirante Anson, merece tomarse en consideración. Los indios que colonizaron á Java, Sumatra y Bali, construyendo monumentos en estas islas, lo mismo que en Singapur, Borneo, Célebes y otras islas de la Oceanía occidental, creemos que han podido muy bien extenderse hasta las Marianas, y dejar en ellas los indicados recuerdos de su antigua civilización.

Se ha dudado de la veracidad de Anson, porque Tinian está privada de su rica vegetación, de sus ganados, de sus habitantes, y porque el capitán Byron la desacreditó la isla tanto como la elogió su compatriota. Con todo, estamos lejos de recelar de la buena fe de Anson, y ni hallamos medio mas seguro de justificarle, que citar á este propósito una bella página del *Paseo alrededor del mundo* de Mr. Arago.

«Dos días después llegamos á Tinian... ¿Dónde está esa poderosa vegetación? ¿Dónde esas palmeras vigorosas, esas frondosas bosquecillos, esas lindas enredaderas? Encuentro siempre un cielo puro, pero la tierra está casi desnuda. Algunos delgados cocoteros agitan todavía en los aires su mistia canelera, y levantan solitarios su cabeza por encima de las antiguas pilas tras construídas por pueblos cuyo recuerdo no nos ha conservado la tradición. Ved en la arena esas piedras oblongas, pálidas, coloreadas.—Alcalde, ¿qué piedras son esas?—Las piedras de los antiguos.—¿Y ese pozo tan bien construído?—El pozo de los antiguos.—¿Y esas pilastras que rematan en media esfera de estuco?—Las pilastras de los antiguos.—¿Y esas largas filas de columnas paralelas?—Todo eso fue hecho por los antiguos.—¿Qué pueblo era ese? ¿Qué ha sido de él? ¿Ha emigrado? ¿Se ha extinguido?—Lo ignoro.

«Este alcalde tiene por súbditos á tres jóvenes, cuatro criados y un deportado de Agaña. Esta es toda la población de la isla.

«¿Pero ha engañado Anson al mundo haciendo tan magníficas pinturas de Tinian? No, el almirante Anson ha dicho, sin duda, la verdad, porque la tierra está sembrada de troncos podridos, de gigantesco árboles arrancados de raíz. Un soplo abrasador habrá consumido los bosques seculares de esta tierra empobrecida; una conuccion semejante á las que agitan la Sicilia habrá derribado estas columnas tan extraordinarias, cuyos fragmentos veis sobre la arena, y acaso devorado también toda la población de la isla. Tinian es hoy un suelo maldito, sin cultivo y sin población. Todos los habitantes de esta isla cabían en el salón del alcalde. Eran 13, y estaban alojados en cuatro cabañas miserables. En el campo se ven muy pocos árboles, y esos achaparrados; pálidas matas trepan acá y allá; algunos pies de cocoteros forman mezquinas plantaciones; tal es esta comarca que parece haber sido sorprendida en otro tiempo por una gran catástrofe.»

En efecto, á la vista de las magníficas ruinas que aun se conservan en pie (dice otro viajero), no es posible dejar de conocer que esta tierra ha tenido sus días de prosperidad y grandeza. Cuando se penetra en medio de los matorrales, hállase uno todavía en presencia de algunos restos de edificios, llamados *casas de los antiguos*. Al contemplar estos fragmentos de proporciones colosales, el viajero no puede menos

de preguntarse qué pueblo construíría tales edificios, y si han sido destruídos por la naturaleza ó por los hombres. La proximidad de las construcciones, su forma semi-circular, sus materiales de mezcla de arena, sus cimientos, su órden y disposición, todo admira y desconcierta. ¿Qué significan esos coronamientos macizos? ¿Qué soberano ha podido construir esas columnatas que seguramente no formaban mas que un solo edificio? Las leyendas locales no dicen nada de esto, ó cuentan tales absurdos que no es posible darles crédito. Por ejemplo: Tumu-Tega era el jefe principal de la isla; reinaba en paz, y nadie pensaba en disputarle la autoridad. De repente uno de sus parientes, llamado Ujocanai levanta el estandarte de la rebelión, y su primer acto de desobediencia es construir una casa semejante á la de su rival. Fórmase dos partidos: llegan á las manos; la casa del sublevado es saqueada; la disputa se va extendiendo, se hace general y da origen á una guerra que, despojando la isla, trajo en pos de sí la destrucción de estos edificios. Entre estas ruinas las mejor conservadas son las que se ven al Oeste del fondoadero. El edificio tenía 12 pilares, y solo 8 quedan en pie. Otras ruinas desfiguradas se hallan cerca de un pozo llamado también por los naturales el pozo de los antiguos: parece que formaban un edificio de mas de 400 pasos de largo.»

El baile era una de las principales diversiones de los antiguos habitantes. Mr. de Freycinet, durante su permanencia en Agaña, asistió á danzas de diversos caracteres y á las cuales se unia por lo general el canto. «Hombres y mujeres, dice, se mezclaban alternativamente; en medio debía colocarse el jefe de la población, de la familia, ó la persona á quien se queria festejar. La letra de las canciones se referia al objeto de la ceremonia, ó era solo una expresión de alegría. Al concluir una guerra, y en los regocijos que acompañan la vuelta de la paz, se expresaban de este modo:

«*Hasington gotelja paluan-ho inga-ho ssaddi, qui ho suoni ingo mamaon, ingo plupludjon Djan pugodaon.*» (De propósito, bella mujer mia, te he sentado sobre mis rodillas, vuelta hacia mí: yo inflamo tus deseos con una mascarada de betél, con hoja de betél y nuez de arek).

A estas palabras seguia un estribillo compuesto de frases misteriosas; cuyo sentido solo podían comprender en otro tiempo algunas personas, pero que entendidas fácilmente por medio de gestos, escitaban siempre universal y bulliciosa alegría.

Entre los instrumentos músicos se citan dos géneros de flautas de caña de dos pies y medio de largo, y tan gruesas como el dedo meñique: una de ellas estaba cortada en forma de silbato, con tres agujeros por encima para cada mano, y uno debajo para cada pulgar; la otra tenia una embocadura muy semejante á la de la flauta conocida entre nosotros. Los marianos tocaban esta flauta con la nariz; la primera se tocaba como el oboe, pero su sonido era dulce y grave, no alcanzando á dar los tonos agudos. Es cuanto se sabe de estos instrumentos que hoy han caído en desuso. El mayor D. Luis de Torres aseguraba al viajero de quien tomamos estas noticias, que en 1760 aun se conservaban algunos de estos instrumentos, llamados respectivamente *silag* y *bangsi*. Y como la última voz es puramente tagala, debe suponerse que ésta especie de flauta trasversal fue llevada en otro tiempo á las Marianas por los filipinos que se establecieron en ellas. Además de algunos instrumentos de Europa introducidos por los españoles, como flautas, bajos, violines, guitarras, etc., se hallan también en uso las trompas y unos menecordos en forma de arco terminados en una calabaza de cinco pies de largo. Este instrumento tiene el nombre tagalo de *belimbao*, lo que hace presumir también que proceda de Filipinas.

Usan asimismo los marianos el caracol; pero es mas bien para señalar la posición respectiva de los barcos que navegan de conserva, ó para transmitir órdenes en la guerra: el caracol, antes que instrumento músico, es un pasa-voz en la mar y una corneta en la tierra.

El padre Le-Gobien nos dice, que los marianos gustan de contar ó mas bien de *cantar* en sus reuniones las aventuras de sus antepasados.

Las mujeres de las islas Marianas tenían en otro tiempo asambleas particulares, donde se presentaban muy adornadas, sin permitir que asistiesen los hombres. Reunidas 12 ó 13 á la redonda, de pie y sin moverse, cantan, dice Le-Gobien, los versos fabulosos de sus poetas, con una gracia y exactitud que agradarían en Europa. El acorde de su voz es admirable y en nada cede á la música mejor concertada. Adaptan á sus manos pequeñas conchas de que se sirven con mucha habilidad, como de castañuelas. Pero lo mas sorprendente es que sostienen la voz y animan su canto con una acción tan viva y tan expresivos gestos, que encantan á cuantos las oyen.

A los españoles, y sobre todo á los filipinos, es á quienes se debe la introducción de las riñas de gallos, de ciertos juegos de azar, y mas particularmente de los naipes en este pequeño archipiélago. Hay en Agaña una casa particular dedicada á la reunión de las personas que aventuran su fortuna á las cartas.

«Tuvimos por la tarde un espectáculo mas agradable, escribe Mr. de Freycinet, en la representación de los bailes que se usaban antiguamente en Méjico, cuyas figuras se dice que aluden todas á la historia de este país. Los actores eran los alumnos del colegio de Agaña: sus vestidos de seda y sus ricos adornos fueron llevados de Nueva-España por los jesuitas, y estaban en perfecto estado de conservación. Las danzas, que ofrecen alguna analogía con los bailes pantomímicos, se ejecutaron delante del palacio del gobernador, en una plaza iluminada por hachones y luces de resina. El emperador Motezuma estaba representado con la corona en la cabeza, un abanico de plumas y una palma en la mano, y era el principal personaje del baile. Iba seguido de dos pajes lujosamente vestidos. En seguida venían, con la frente ceñida de diademas, 12 bailarines, con quienes se mezclaba de vez en cuando el emperador: todos formaban marchas, evoluciones y grupos infinitamente variados.

«En el segundo acto, separados los danzantes dos á dos, cada uno cogía la estremidad de un arco muy grande, guarnecido de brillantes sederías. Ejecutaban graciosas mudanzas, ya solos, ya con el emperador y sus dos pajes, colocados de una manera propia para producir un efecto pintoresco; los arcos figuraban sucesivamente guirnalda, bóveda, etc. Los dos últimos actos de esta pieza, que tenía cinco, consistían en danzas guerreras. Algunos bufones se ocupaban en divertir á los espectadores en los entreactos, y aun durante el espectáculo, con saltos y mil grotescas contorsiones. Estos bufones, enmascarados y vestidos ridículamente, van armados de un sable de madera que esgrimen á derecha é izquierda; su careta es blanca y de tales dimensiones que la nariz descende hasta la barba del que la lleva, los ojos son desiguales y desmesurados. Sería preciso haber tenido presente toda la historia del desgraciado Motezuma para comprender bien las alusiones que se encierran, según dicen, en cada escena. Sin tratar de negar el origen que se atribuye á estos bailes, ballo en ellos una semejanza muy notable con lo que llaman en Provenza *lets oulivvetos* (los olivos), baile usado mucho antes de la conquista de Méjico. Esta danza no es mas que la llamada *danza prima* tan conocida en el Norte de España desde los tiempos mas remotos. Los españoles la llevaron á Méjico, y los jesuitas á las Marianas, para divertir á los habitantes.

«Una de las danzas mas notables de los marianos es la que se denomina en España *el palo vestido y desnudo*, ó *danza de las cintas*, y que los provenzales conocían tambien con el nombre *dei cordetos*. Se fija un palo en el suelo, á cuya punta se atan ocho ó doce cintas largas, unas rojas y otras amarillas ó azules. Cada uno de los danzantes tiene el cabo de una de las cintas, y debe girar alrededor, pasando alternativamente por detrás del que está á su derecha, y luego por delante del que viene despues; los danzantes de número par giran en un sentido, y en otro los de número impar. Resulta de estos pasos y contrapases que se forma en torno del palo una red ó entrelazado que agrada por la variedad de colores y regularidad del dibujo. Para *desnudar* el palo vuelven á mezar á los danzantes; pero todos sus movimientos son en sentido inverso, y necesitan bastante habilidad para no enredar las cintas. Dos jefes dirigen por lo general estas comparsas; uno manda los números pares y otro los impares. Esta danza, aunque muy sencilla, parece á primera vista complicada, porque la multitud de cintas de varios colores que se cruzan con rapidez á derecha é izquierda, dificultando permite seguir la marcha y las combinaciones del juego. Cuando éste concluyó, los mismos alumnos que habían representado antes volvieron á aparecer en la escena; algunos estaban vestidos de mujer; todos se pusieron á ejecutar bailes europeos, y lo hicieron con bastante propiedad.

El idioma de los marianos, de suave y fácil pronunciación, sin dejar de tener semejanza con el malayo, esparcido en toda la Malasia, y el tagalo que se habla en Filipinas, tiene, sin embargo, un carácter propio. Habia, con todo, en otro tiempo diferencias bastante notables entre la lengua de las islas del Norte y la de aquellas que están mas próximas á Gaham; diferencias que se manifestaban aún sensiblemente entre los varios lugares de la isla principal, y cuyas huellas se reconocían hasta hace pocos años. Aun hoy día carece de unidad la pronunciación en todas las islas. Cuando se reunieron los distintos pueblos en Gaham (año de 1699) todo se mezcló, hombres y lenguas. El padre Murillo Velarde nos dice que aquellos habitantes, inclinados de suyo á la poesía, han conservado en sus cantos nacionales algunas tradiciones históricas, aunque oscurecidas por el velo fabuloso que las envuelve. Es un hecho verdaderamente digno de notarse que este pueblo, cuya lengua es tan abundante en palabras propias para significar todas las modificaciones de un mismo objeto, no posea mas que un reducido número de términos para designar los grados de parentesco que no pueden confundir en la vida práctica.

Mientras que tienen 20 palabras para nombrar el coco, según que este fruto va pasando por diferentes grados de madurez, según sus excelencias ó defectos, para designar la bisabuela emplean esta larga perífrasis:

Yumasana jam ilumilis senan seneta: la que se casó con el que engendró á la madre de mi madre.

La palabra *gilita* (abuela) se deriva evidentemente del español antiguo *agüela*; *sená*, que quiere decir al mismo tiempo *madre* y *padre*, significa propiamente *dueño*, *señor* (señó, señá); para ser mas categórico se sirven de las expresiones *ilumilis* (el que ha engendrado), y *fumañago* (la que ha parido). El *si naná* moderno es unitario del español *mamá*, con la adición de la partícula *si* representativa de *consideración* y *respeto*. Para decir hermano y hermana usan de la palabra *chilu*; tio ó tía lo dicen como en castellano.

En cambio abundan las palabras para calificar á los hijos: así, *haga* que ore de ir hija; *tahi* hijo, muchacho; hablando un padre de su hijo ó de su hija, dice *minis-ho* (mi engendrado), y la madre dice *finañago-ho* (mi parido); *minis na* (hijo ó hija legítima, ó al pie de la

letra, engendrado mío), solamente lo dice el padre, por donde se supone, como es, en efecto, que un hijo es siempre legítimo con respecto á la madre; *nimis-hegiñi* (hija ó hijo bastardo); *inig-sai* (hija ó hijo adoptivo); *maja* y *maga-chaga* (hijo mayor ó hija mayor); *soloña* (el hijo menor); *soloñan* *i nanganan* (el menor con relación al mayor); *achafiang* (hermana ó hermano uterino); *matjanan gapagon* (hijo abandonado). No hay palabra alguna para expresar las ideas de nieto y biznieto.

Los marianos, lo mismo que los chinos, contaban antiguamente las grandes divisiones del tiempo por días (*haani*); por lunas ó meses (*pulan*), y por años (*sakan*): es probable que diesen nombres particulares á los días, como hacen aun hoy las carolinas de Lamoursek; pero estos nombres son ya enteramente desconocidos. Los años se componían de 13 lunas; pero los españoles trataron desde su llegada de asimilar los nombres de estos períodos á los de los meses de nuestro calendario, correspondencia que en rigor es imposible. El examen del Diccionario prueba que los marianos no eran del todo ajenos á ciertos conocimientos astronómicos y náuticos. Se encuentran en él los nombres de algunas estrellas; pero es probable que bajo este punto de vista solo haya llegado hasta nosotros una parte muy pequeña de su ciencia.

La historia primitiva de los habitantes de este grupo, antes del descubrimiento, es una serie de fábulas mas ó menos absurdas: comienza á ser mas exacta desde el punto en que Magallanes llegó á las islas.

Este primer circunmargante fue tambien el primer descubridor de las Marianas.

Después de un viaje largo y peligroso, las vió el 6 de marzo de 1521, y las llamó primero *Islas de las velas latinas*, y después *Islas de los ladrones*, por que los indígenas le habian robado muchas objetos de adorno; inclinacion que es comun además á todos los pueblos de la Polinesia, si se exceptúa á los carolinos. Layaas volvió á ver el archipiélago cinco años mas tarde. Siave-dra tomó posesion de una parte de estas islas en nombre del rey de España, el 6 de enero de 1528, después de haber cogido 11 de sus habitantes en un que aumentó el número de sus marineros. En 1563, Legaspi, que se dirigió á Filipinas mató en aquellas islas á 10 de sus habitantes. Cavendish se acercó á ellas en 1588, y Mendana en 1592. En este mismo año fueron visitadas por Francisco Gaiti, y por Gemendi Canerion en 1596. Oliverio de Noort aportó á las islas en 1600. Maldonado en 1601, el holandés Spilberg en 1616, otros holandeses en 1635, Hurtado en 1678, Quiroga en 1684, el celebre Dampier en 1686, Wood Rogers en 1710; Legentil de la Barbinais fue el primer francés que llegó á las Marianas (1716). Cliperton hizo en ellas algunas demostraciones agresivas en 1721, el almirante Anson las visitó á su vez en 1742, y Wallis en 1788, lo mismo que Pagés. El capitán Crozet, saliendo de la isla de Francia, hizo escala allí en 1772, y el ilustre Laperouse en 1786; el navegante español Malaspina las vió en 1792. Después han sido visitadas por Kotzebue, Borchg, D'Urville y otros. En 1688 tuvo lugar la colonización de este grupo.

El padre Sanvitores, misionero jesuita español, se detuvo en este punto yendo de Acapulco para Manila, y habiéndole parecido los indígenas de carácter suave y apacible, se interesó por ellos y concibió el proyecto de civilizarlos, de hacerles adoptar la religion católica, y establecer en las islas una colonia española. El gobernador de Filipinas desechó sus proyectos; pero en lugar de desanimarse el jesuita, se dirigió al rey de España que accedió á sus deseos. El Padre Sanvitores, acompañado de los PP. Tomás Cardenoso, Luis de Medina, Pedro de Casanova y Luis de Moraes, con el hermano Lorenzo Bustillos, aparecieron el 23 de marzo de 1688 á la vista del grupo, y le dieron el nombre de las Marianas, en honor de Mariana de Austria, mujer de

Felipe IV. A penas fondeó el barco en Guaham, cincuenta piraguas lo rodearon, gritando, *jabok! jabok!* (¡amigos! ¡amigos!); en una de estas piraguas se hallaba un español, que, establecido hacia treinta años en las islas, sirvió de guía é intérprete á sus compatriotas.

Sanvitores, favorablemente acogido por el jefe Kipoha, lo convirtió al cristianismo, y fundó una iglesia en Agaña, que llegó á ser por este hecho la parroquia de la mision y el centro de los trabajos apostólicos. Los nobles del pais rechazaban en general una religion basada en la igualdad y la libertad; pero á pesar de sus resistencias y de las intrigas de un chino llamado Choco, la mision ganó muchos prosélitos. Se fundó un seminario en Agaña; y en el primer año fueron bautizados 20,000 habitantes. Gran número de indígenas de otras islas fueron igualmente convertidos por las predicaciones de los PP. Lorenzo y Medina, pero sobre todo por las de su infatigable director. Choco excitaba la rebelion en Guaham, y los españoles fueron sitiados en Agaña. Después de 13 días y otras tantas noches, hicieron una salida decisiva con que derrotaron completamente al enemigo.

La victoria de los europeos fue seguida de una trágica muchas veces violada, hasta el dia en que el padre Sanvitores pereció asesinado por el indigena Matapangcuya hijo acababa de bautizar. El asesino se abarcó el cuerpo de su victima en una piragua y fue á sumergirla en alta mar. Pasaba esto en 1672.

Los españoles tuvieron que combatir en lo sucesivo muchas veces á los indígenas. En 1680 don José de Quiroga y Lozada, poderoso señor de Galicia, llegó á Guaham con la intencion de continuar la obra del desgraciado misionero. A él se debe la posesion tranquila de este pequeño archipiélago. Para conseguir su fin dividió la isla de Guaham en distritos, donde estableció puntos de defensa contra toda especie de ataque. Guaham se sometió; pero Roña fue el refugio de los rebeldes: Quiroga pasó á esta isla, y el orden quedó establecido.

Entre tanto llegó el gobernador Sarabia, y quedó admirado del progreso de los habitantes y de la acertada administracion de Quiroga. Reunió á los principales jefes en una asamblea general, y les obligó á prestar juramento de fidelidad al rey de las Españas é Indias. Los vencidos comenzaron á adoptar los usos de los vencedores. Se vistieron, aprendieron á sembrar el maíz, á hacer tortas de su harina y á comer carne. Aprendieron el arte de hilar y tejer, de tundar y aderezar las pieles, á lavar las piedras, construir casas, forjar el hierro; en los seminarios se enseñaba á los jóvenes á leer y escribir, á cantar y á tocar el violin, la flauta y otros instrumentos. Las mujeres se ejercitaban en los cuidados de la familia y en la práctica de las virtudes domesticas.

Quiroga habia marchado á la conquista de las tierras septentrionales: sometió á Saipan y la mayor parte de las islas vecinas. Danian de Esplora desembarcó entonces en Agaña para reemplazar á Sarabia en el gobierno del grupo de las Marianas. Pero un jefe llamado Yoda resolvió librar á su país del yugo extranjero. Un domingo llegó á la cabeza de 60 indígenas, todos hombres resueltos y escogidos por el primero: entraron en Agaña bien armados, pero habian tenido cuidado de ocultar sus armas, y se presentaron bajo el pretexto de oír misa. Concluida esta, Yoda distribuyó sus conjurados en varios puntos convenidos.

Degollaron á los centinelas, é hirieron al gobernador que estaba paseándose en la plaza, así como tambien succumbieron varios monjes á los golpes de los sublevados. Ya estos entrando por las casas comenzaban el saqueo de la ciudad, cuando la muerte de Yoda suspendió su furor. Los españoles vueltos de su sorpresa disputaron la posicion; el gobernador sobrevivió á sus heridas, y Quiroga que volvía triunfante de las islas del Norte, batió á los conjurados en Agaña, y

los persiguió sin descanso hasta los bosques y montañas. Algunos ingleses mandados por Cowley, llegaron en esta ocasión, y acabaron con los que habían escapado de la persecución de Quiroga. Los ingleses trataron á todos los indígenas, inocentes ó culpados, con un refinamiento de barbarie bastante común por desercia á la mayor parte de los primeros navegantes de Europa para con los infelices salvajes. El gobernador Esplana, ya curado de sus heridas, tuvo que luchar varias veces contra la guarnición española pronunciada, y contra un *complot* trainado por algunos presidiarios que iban de paso para Guaham. Un terrible huracán sembró la devastación en todo este archipiélago: los habitantes huyeron á los montes, y á su vuelta á Guaham no encontraron mas que ruinas. Fue preciso comenzar de nuevo; volver á sembrar los campos para la próxima cosecha, y reedificar la población. Todo esto acontecía en el intervalo de 1689 á 1693. En todo este tiempo el intrépido Quiroga hizo triunfar las armas españolas, y ganando contra los naturales la batalla de Agüigan pacificó todo el archipiélago. Los misioneros por su parte le habían sometido á la fe, y en 1699 no se encontraba ya ni un rebelde ni un idólatra en aquellas islas.

Desde esta última época la historia de las Marianas no es mas que la historia de los gobernadores y la llegada de los navegantes. Ya hemos nombrado á estos. Enumeremos ahora los principales gobernadores. El mas célebre era don Mariano Tobías que rigió este país con justicia y con grande acierto. Don Juan Pimentel, hombre avaro y de carácter duro hizo del poder el escabel de su fortuna. Don Alejandro Parreño gobernó el grupo con habilidad á principios de este siglo. Don José de Medinilla y Pinada le sucedió en 1812. Freycinet, Rotzbauey y Urbille hacen grandes elogios de este gobernador que los merecía por su benevolencia y por la suavidad de su larga administración. En 1821 le sucedió Herrera, el cual dejó menos buenos recuerdos en el archipiélago por haber dado á los habitantes la libertad del comercio exterior. Destruido Herrera á la caída del sistema liberal en España, volvió Medinilla á su antiguo puesto, donde restableció el monopolio y los privilegios, derogados por su predecesor.

CAPITULO XI.

ISLAS HANAI Ó SANDWICH.

SUMARIO.

Geografía general.—Genealogía á historia natural.—Topografía de la isla Hanai.—Distrito de Hanai.—Kua.—Casadas de trescientos pies de altura.—Valle de Vaj.—Pua.—El rey Runi; el sacerdote y los prisioneros.—Distrito de Kiro.—Establecimiento de los misioneros.—Torre y lucas.—Gran volcan de Kiro.—El Kiro.—Ea.—Ita.—Volcan apagado.—Volcan de Puna.—Hona.

El grupo de las islas Hanai, uno de las mas considerables de la Polinesia (Oceania Oriental) está formado de once islas, cinco grandes, tres pequeñas y otras tres que mas bien son escollos. Representa este grupo una linea curva interrumpida en varios puntos y dirigida de tal suerte, que la convexidad mira al Norte Noroeste, y se extiende de 19° á 23° de latitud Norte, y de 137° á 139° de longitud occidental. Uniremos á este grupo el *atol* (1) de las islas Copper y Henderson que está mas próximo á las islas Hanai que á la costa americana.

Hanai que es la mas meridional de estas islas, es tambien la mas importante, y dió nombre al archipiélago. En su mayor extensión de Norte á Sur tiene cerca de 83 millas sobre 66 de ancho de Este á Oeste. Su circunferencia es de una 210 millas. La parte de

tierra cultivada de la isla es mas considerable al Este que en las demás partes; cadenas de montañas en direccion de las costas extienden sus ramificaciones en todo el interior de la isla y en su mayor parte están coronadas de volcanes. Las tres montañas mas elevadas de este sistema, el Mucak á punto culminante, de unos 15,600 pies de altura, el Muiara, casi tan alto como el anterior, y en fin el Muna-Rhua-Rarai, dispuestas en triángulo, circunscriben una llanura elevada casi desierta é inculta. Aunque muy altas, estas montañas terminan en pendientes suaves por el lado del mar; y no ofrecen las asperezas y multiplicados precipicios que caracterizan los terrenos volcánicos. La población de la isla, segun los misioneros ingleses, americanos y franceses, se eleva á 85,000 habitantes, distribuidos en los seis distritos de Gohala, Hanai-Rua, Kiro, Puna, Rona y la llanura interior de Wai-Mea.

La isla de Mawi, dividida en dos partes por un istmo muy bajo, tiene 38 millas de largo, y su anchura varia segun las partes en que se mide. La población que ocupa casi únicamente la parte Noroeste de esta isla llega á unas 20,000 almas.

Al Suroeste de Mawi, y bajo su dependencia, está la isla de Tau-Rawi, de 10 millas de largo y ocho de ancho. Está separada de la anterior solo por un canal de una legua de ancho. Árida y cubierta de maleza, esta isla sirve de asilo á algunos pescadores. Al Oeste de Mawi, se halla Ranaí, otra isla pequeña de 13 millas de largo y 10 de ancho. El terreno conmovido por los volcanes no ofrece torrentes ni manantiales. Algunas partes de las costas están cultivadas, pero apenas ofrecen alimento á 2,000 habitantes.

Cinco ó seis millas al Noroeste de Mawi surge Mora-Kua, de cerca de 41 millas de largo por seis de ancho cuando mas. Una cresta de montañas la atraviesa en toda su extensión de Este á Oeste, y solo deja una estrecha faja de tierra cultivable á sus 3,000 habitantes. A 25 millas de la precedente se encuentra la isla de Oahu, de 98 millas de largo por 16 ó 17 de ancho. Esta isla, que es la mas rica y fértil del grupo, está dividida en toda su extensión, desde la parte Suroeste, hasta la Noroeste, ó Punta de Eva, por una cadena de altas montañas volcánicas.

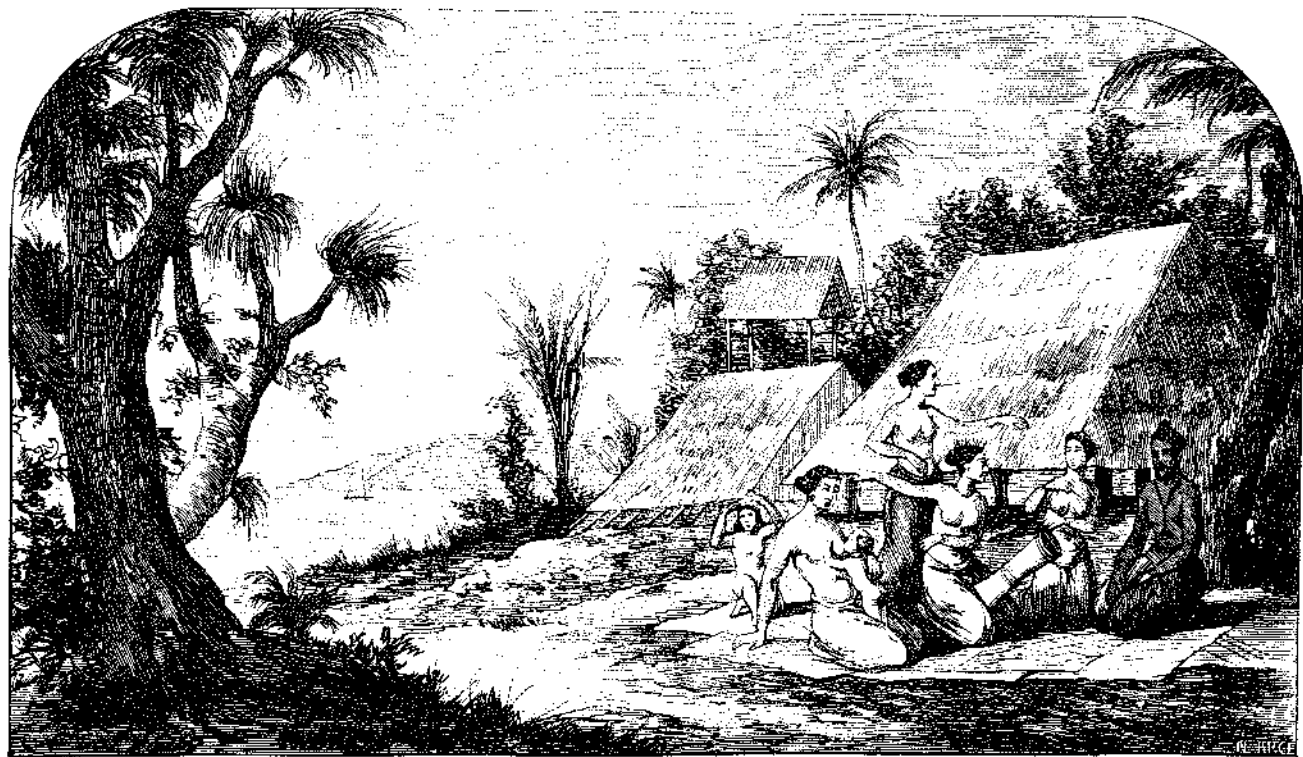
La comarca interior, aunque fértil y cruzada de arroyos, está desierta é inculta. La ciudad de Hono-Rua-Rua, edificada en la llanura de Eva, ha concentrado en sus alrededores toda la población de la isla.

El puerto de Hono-Rua ofrece el mejor fondeadero del archipiélago; es seguro en todas las estaciones, y sirve de escala habitual á todos los barcos baleneros que frecuentan estos parajes. La traslación de la residencia real á esta ciudad es tambien una de las causas que atraen la población á sus inmediaciones. De 20,000 almas que forman la población de la isla, 12,000 se hallan concentradas en Hono-Rua.

A 65 millas de Hono, y siempre en la direccion Oeste Noroeste, se halla Tausi, isla montañosa, casi circular, de bello aspecto, pero menos fértil que Oahu. Los habitantes de natural dulce y apacible están agrupados en su mayor parte á orillas del rio Wai-mea, y protegidos por un fuerte armado de 22 cañones. Tausi tiene de 80 á 90 millas de circunferencia, y cuenta 10,000 habitantes.

La última isla del grupo es Nihau, al Oeste de Jani, de la cual está separada por un canal de 15 á 20 millas de extensión. Estas dos islas debieron á su alejamiento de las demás el haber permanecido independientes por un gran espacio de tiempo. La batalla de Waine dada en 1824 la sometió al cetro de Río-Río. El cultivo del ñame es peculiar á estas islas. Tambien son famosos sus habitantes por la habilidad con que hacen las cesteras teñidas de los colores mas vivos y lucidas en todo el grupo para el adorno de los jefes

(1) Llámase *atol*, á cada uno de los grupos de islas pequeñas que forman un archipiélago.



VISTA DE LA ISLA BATAK.—ARCHIPIELAGO DE LAS CAROLINAS.

«Ved cual era el medio de obtener justicia. Si juzgárais al hombre culpable, no debéis castigarle desde luego: era necesario consultarnos, y si le hubiéramos encontrado criminal, os hubiéramos concedido indemnizaciones. Pero no; le habeis cruelmente, y en el acto, maltratado. Es un crimen de dos de vosotros. Sin embargo, os representamos que la herida de un hombre, es mayor daño que la de un animal, atendido que el hombre es el jefe de todos los animales».

«Esta es nuestra comunicación para todos vosotros, padres de los países de donde vienen los vientos: tened piedad de una nación de niños pequeños, muy débiles y muy jóvenes, que están sumidos aun en las tinieblas del espíritu: ayudadnos á hacer el bien, y observar, con vosotros, lo que debe constituir el mayor bien de nuestro país».

«En cuanto á la muerte de la vaca, ha perecido por violar el tapú establecido para la protección del plantío. El paraje estaba garantizado por una empalizada construida por el propietario. Habiendo cerrado de este modo su propiedad, lo que restaba hacer correspondía á los dueños del ganado, que estaban prevenidos por el vigilante de la plantación, para que todas las tardes llevasen sus ganados á sus casas. Les hablé de esta manera, pero ellos no hicieron caso, y los dejaron libres durante la noche. Entonces el dueño de la habitación pensó obtener indemnizaciones, porque muchos animales habían sido ya sorprendidos, y sus dueños no habían pagado daño alguno; por eso el dueño de la cosecha, resolvió matar una de los animales que la devastaban. Porque se había dicho que si algun animal forzaba un cercado y destruía la recolección, sería confiscado y adjudicado el dueño de ella. Muchos habían sido cogidos, después reclamados, y por último, devueltos: esto se ha hecho muchas veces. ¿Por qué, entonces, habeis sido tan arrebatados en vuestra cólera? En el mismo cercado la vaca ha sido herida: después ha salido de él. ¿Por qué, pues, vuestra declaración menciona que la vaca ha sido malamente muerta en el terreno común? La vaca no hubiera podido ser muerta solo porque hubiese pastado en el terreno común: esta reconocí que lo fue en el cercado donde se encontraba, por todos aquellos que cubrían del plantío».

Firmado, KAN-KE-LLU.

CAPITULO XVII.

ARCHIPIELAGO DE LAS CAROLINAS.

SUMARIO.

Introducción.—Grupo de Pelin.—Historia natural.—Alimento.—Industria.—Poder de los jefes.—Usos y trajes.—Religion.—Carácter y costumbres.—Naufragio de la *Antiope*.—Guerras de Abba-Thulé.

Háse dicho que la India era la cruz de los geógrafos en argutos de describir el Asia, así como lo es la Alemania de los que describen la Europa. Con mas juso título puede decirse que el gran archipiélago de las Carolinas es la cruz de los geógrafos de la inmensa Océania. Compónese de unos cincuenta grupos, muchos de los cuales no están determinados. La mayor parte de sus innumerables islas no se han visitado aun, y por lo tanto es muy difícil hacer penetrar la luz en ese caos de incertidumbre y de contradicciones.

Se debe no poco al viaje de un sabio navegante ruso, el capitán Lutke, que visitó veinte y seis grupos de las Carolinas. También han contribuido á disipar la oscuridad las expediciones de DuRoi y Urville; pero resta todavía mucho por hacer.

Nosotros dividiremos el grande archipiélago en los grupos de Pelin, islas Peligrosas, de los Mártires,

de Saavedra, de Sonsorol ó San Andrés, Ana, Mari-cra, Lord North, etc. Inútil nos parece añadir que las Carolinas propiamente dichas forman parte del archipiélago, y además comprendemos el grupo de Rank y el de Radak, ó sean de Marshall y de Mu-erave, como los denominan los mas de los geógrafos.

En consecuencia, esta inmensa region se extenderá desde la isla Rigar, última al Norte de la cadena de Radak, á los 12° latitud setentrional, hasta las islas Lugmar, á los 3° latitud Sur, y desde la isla Sonsorol, á los 129° longitud. Esta, hasta la mas oriental de los Molgaves. Las Carolinas tienen, pues, segun nuestra clasificación, 223 leguas del Norte al Mediodía, atravesando el Ecuador, y 1,025 leguas de Oeste á Este.

Empezaremos por las islas occidentales.

El grupo de las islas Pelin, ó Palaos, ó Panlong, forma la parte occidental del archipiélago de las Carolinas. Fue descubierto por los españoles, y sus islas mas considerables son: *Babeclup*, con nueve leguas de Norte á Sur, y una montaña bastante elevada, desde donde la vista se cierra sobre todas las islas del grupo. Cada una de sus distritos está mandado por un *rupak* ó jefe. El de Artinguil se ha hecho célebre por sus guerras con el *rupak* de *Corror*. Esta pequeña isla se compone de islotes casi unidos, y su capital es Pelin. Al re-ñar la historia, hablaremos del valiente *rupak* Abba-Thulé y de su hijo Li-Bu.

Urukthapel, Erckong y Uruklong, célebre por el naufragio de la *Antiope*, son meros islotes.

Peleliú, cuya estension es de ocho millas, se hace notar por su fertilidad y encantador aspecto. Está rodeada de islotes. En *Angur*, bargeña, marino espñol, permaneció algunos dias, habiendo encontrado buenos y generosos á sus habitantes. Las islas de los Mariteros ó islas de los Reyes, fueron visitadas por Saavedra y Villalobos, están gobernadas por diferentes jefes y su costa es peligrosa. Las de *Sonsorol* ó *San Andrés*, fueron descubiertas en 1710 por Padilla. Frecuentanlas los habitantes de Pelin. La del Mediodía es la mayor, y está separada de la otra, que los naturales llaman *Kodokopul*, por un canal de mas de dos millas; latitud Norte 5° 20', longitud Este 129° 54'.

En fin, debemos enumerar la isla Mortz, la isla Kyangle y la de Lord North, desconocidas hasta hoy, y acerca de las cuales daremos algunos pormenores enteramente nuevos, á lo último de la descripción de las islas Pelin.

Traduciremos aquí, por el interés que encierra, la relación de José Somera, uno de los oficiales de la *Santa Trinidad*, buque mandado por Padilla, sobre la tentativa de dos misioneros españoles para ir á predicar el Evangelio á los habitantes de Sonsorol.

«Después de quince dias de navegación, desde las Filipinas, el 30 de noviembre de 1810, descubrimos tierra al Nordeste; eran dos islas que los padres Durbaron y Cortil, á quienes conducíamos, nombraron de San Andrés, por el zar aquel día este santo. Cuando estuvimos cerca, divisamos un barquichuelo que venia hacia nosotros, y los isleños gritaban: ¡*Mopia!* ¡*Mopia!* (! Es buena gente!) Un *p lio* (habitante de Pelin) que habia sido bautizado en Manila, y á quien llevábamos con nosotros, se presentó á ellos y les habló. Al momento subieron á nuestro buque, y nos dijeron que las islas se llamaban *Sonsorol*, y que eran del número de las islas Palaos. Mostrábanse contentos, y nos abrazaban, besándonos al mismo tiempo las manos.

«Tenian buena presencia y complexión robusta. Iban desnudos, á escepcion de un pedazo de estera con que se cubrian las partes sexuales. Su cabello era crespo y su barba escasa. Para preservarse de la lluvia se echaban sobre los hombros una especie de ca-

pote de filamentos de varias plantas, bastante bien tejidos, y llevaban en la cabeza un sombrero de estera, adornado de plumas de aves. Se sorprendieron al ver á nuestros marineros fumar tabaco, y parecían enamorados del hierro, mirándolo con ojos ávidos y pidiéndonos siempre mas. Luego acudieron otras dos barcas, cada una con ocho hombres. Ya cerca de nosotros, se pusieron á cantar, llevando el compás con las manos sobre los muslos. Nos traían cocos, pescado seco y yerbas. Estas islas estaban cubiertas de árboles hasta la orilla del mar. Los barquichuelos tienen velas latinas, y su construcción es bastante buena. Les preguntamos hacia donde se encontraba la principal de las islas, llamada Pandoz; y nos señalaron el Nornordeste, añadiendo que al Sur había dos islas mas, cuyos nombres eran *Marieta* y *Poulo*.

»Envié la chalupa con la sonía para buscar un sitio donde echar el ancla; y á un cuarto de legua de la isla, se le acercó una barca del país llena de isleños. Uno de estos vió un sable, lo tomó, lo miró atentamente, y se arrojó al agua, llevándose. No se encontró un buen fondo. Manteniame á la vela contra la corriente, que arrastraba hacia el Sudeste; pero faltándonos el viento, nos alejamos de la costa. Entonces los insulares se volvieron á sus barquichuelos, y por mas súplicas de los dos misioneros para que uno se quedase, todo fue inútil. Dijeron que la isla podía tener dos leguas y media de circuito y 800 habitantes que vivían de cocos, pescado y yerba.

»Las corrientes seguían arrastrándonos con fuerza hacia el Sudeste, y no pude ganar tierra hasta el 4 de diciembre, á la embocadura de un canalito entre dos islas. Envié la chalupa, como antes, y no encontró ningún fondo á propósito para anclar. Los padres Dubaron y Cortil imaginaron desembarcar y plantar en tierra una cruz. Padilla y yo les manifestamos los peligros á que se esponían, no conociendo qué clase de gente eran los naturales, y sobre todo cuando el buque continuaba siendo arrastrado por las corrientes, circunstancia que impediría socorrerlos. Nuestras razones no les convencieron. Entraron en la chalupa con el contramaestre, el abanderado de las tropas de desembarco, el intérprete Palaos, su mujer y sus hijos. Nos mantuvimos á la capa todo el día; pero el viento faltó por la tarde, y la corriente nos arrastró lejos de allí. Vano fue el empeño en resistir aquel empuje. Nos reunimos á deliberar. Padilla, un jesuita, el segundo piloto y yo opinamos por ir en busca de la isla Palaos, que era la principal de todas, y estaba unas 50 leguas de la que dejábamos atrás.»

Padilla, una vez reconoció la isla Panlong, volvió á las de Sorsorul con objeto de informarse de la suerte de los misioneros. Estuvo tres días cruzando entre ellas sin ver ningún barquichuelo del país á quien preguntar, y al fin el viento le obligó á alejarse. Al siguiente año fué el padre Serrano en busca de los PP. Dubaron y Cortil; pero un horrible huracán hizo pedazos el buque, y solo se salvaron dos indios y un español, que llevaron la noticia á Manila. Mas adelante un buque español, pasando cerca de Palaos, atacó á los isleños, y se llevó unos cuantos prisioneros á la capital de Filipinas. Por señas se les preguntó qué era de los dos padres que habían quedado en una de sus islas; y contestaron también por señas, que sus compatriotas los habían matado y luego comido.

Poulo-Anna, fue descubierta en 1761 por el buque *Carnarvon*; reconociéndola despues Carteret, y otros navegantes. *Marieta*, aunque mas pequeña, está habitada, y se la descubrió lo mismo que á *Nevil*, en 1781. Las islas *Gades*, descubiertas en 1537 por Grijalva y Alvarado, y reconocidas posteriormente por Carteret, que las llamó *Freewill* son cinco; la mayor tiene el nombre indígena de *Pegan*. Carteret com, ara á los habitantes con los isleños de Palaos. «Color de cobre, pelo largo y negro, poca barba, buenas faccio-

nes, dientes perfectamente blancos y lustrosos, estatura mediana, vigorosos, alegres, confiados y hospitalarios».

Las tierras del grupo Pelin están pobladas de árboles, y los hay que tienen mas de 28 y 30 pies de circunferencia y cuyo mello forma un alimento sano y abundante.

Allí los únicos cuadrúpedos son ratas y gatos, estos tan escasos y raquíticos, que parece se les ha llevado de otros puntos. Las gallinas viven en los bosques, y antes de la llegada de los ingleses, ningún indígena había imaginado comerlas. Las palomas abundan también en el grupo Pelin; porque los naturales ignoran el modo de matarlas al vuelo. Quitar del nido los pichones, los atan por una pata delante de sus chozas, y los crían con fines. El cerdo no existía en Pelin, cuando visitó Wilson las islas. Los europeos han naturalizado allí las vacas, las cabras y otros animales. Peces de todas clases pululan en las costas. El grupo carece de rios; pero en los arroyos y estanques se encuentran almejas de un tamaño prodigioso.

El alimento de los indígenas es muy sencillo y, en general, poco agradable. Asan el pescado con fuego de una madera aromática, y así les es fácil conservarlo, pero adquiere un olor insuperable. Comen el marisco crudo. Cuecen las tortugas, que prefieren á todo, excepto á la palomas, su manjar privilegiado. Con el zumo de la caña y la palmera y la pepita del coco hacen varios platos. Su bebida habitual es agua, aunque suelen mezclarle un poco de sal ó zumo de palmera ó caña. También componen con sal, azúcar y pimienta un licor que les embriaga, y del que gustan extraordinariamente.

Sus habitaciones están construidas de una manera ingeniosa. Las elevan á cuatro pies del suelo por medio de montones de piedras, talladas con pedernales cortantes; dos filas de bambúes, colocados sobre estos montones, forman el piso; otras filas de bambúes, las paredes y el techo es de hojas de palmera. En el piso hay un agujero, y este, lleno de piedras, sirve de hogar para los alimentos y conservar la lumbre toda la noche. Al otro extremo, una tabla que gira sobre una caña de bambú, hace veces de puerta y de ventana. Los muebles son, como puede colegirse, sencillosísimos. Un cesto, escudillas de palo, conchas de almeja para cortar, un tenedor, parecido al nuestro, y hecho de un hueso de pescado, grandes peines de la madera del naranjo, esteras de palma, etc. Sus piraguas son inferiores á las de los carolinos propiamente dichos. Sus armas mas bien parecen destinadas á la caza que á la guerra. Sirvelos la lanza, cuya punta es un hueso de pescado, para el combate y para la pesca; pero en el primero, se valen principalmente de la honda, manejándola con mucha destreza.

A pesar de todo su poder, Abba-Thulé no era soberano de todo el grupo; pues se mantenían independientes los *rupaks* de Emerings, Emmalagni, Astingall y otros isletes. El mismo Abba-Thulé tenía que convocar el consejo de los *rupaks* en todos los asuntos de importancia y conformarse con el dictamen de la mayoría. Ordinariamente daba audiencia despues de las doce, y allí, oia las reclamaciones de sus súbditos y decidía sus litigios. Los ingleses creyeron notar que el rey era dueño de todo el territorio, y los habitantes solo usufructuarios. La propiedad verdadera de los indígenas consistía en los productos de su industria, como los muebles, las piraguas, etc.

Ambos sexos se tatuaban. La señal distintiva de los jefes y magnates de Pelin era un hueso de pescado que llevaban alrededor del brazo ó en el tobillo. Los hombres iban en general desnudos; las mujeres usaban una especie de delantal estrocho, distinguiéndose las jóvenes por sus pendientes y flores, y en especial por lo negro de su dentadura. Es indis-

pensable para considerarse hermosa tener los dientes negros como el ébano.

Los habitantes de este grupo, sin tener una religión determinada, sin rendir ningún culto exterior á la divinidad, acatan profundamente al *Ser Poderoso* nombre que dan á Dios. Temen también caer en manos del *Ser Terrible*; y estas ideas, base de todas las religiones, los inducen á la práctica de lo bueno.

Los isleños de Pelin, aunque no tan inocentes como los describe Wilson, son afables, alegres é industrioses. Wilson los pinta á manera de una gran familia, donde las virtudes parecen ingénitas. Creemos el cuadro recargado en demasía.

Realmente este grupo, descubierto por los españoles, no fue conocido en Europa sino á causa del naufragio de la *Antelope* y de la residencia del capitán Enrique Wilson, cuya exagerada relación ha desfigurado mas aun con los adornos de su fantasía Sir J. Keate.

El capitán Enrique Wilson, que mandaba el paquete *Antelope* por cuenta de la compañía inglesa de las Indias orientales, salió de Macao el 21 de julio de 1793, llevando á bordo 20 marineros, 16 chinos, varios oficiales, su hermano y su hijo, un médico, un cirujano y un malayo (intérprete). Dirigió el rumbo al Este, y el 26 dobó las islas Buchi.

Durante un mes, el buque, impelido por la tempestad se vió diferentes veces cerca de una tierra que parecia desierta. En fin, la tripulación, cansada de un trabajo tan continuo, creia navegar en mares mas sossegados, cuando de improviso el cielo se inflamó, la tormenta redobó sus furiosos, y el oficial de guardia lanzó el grito precursor del naufragio: *¡Rompientes! ¡Rompientes!* En efecto, la noche del 10 de agosto la *Antelope* se estrelló contra un escollo.

El sacudimiento sembró el terror en todos los corazones. El buque empezó á sumergirse y la gente se acogió al castillo de proa, que estaba aun sobre el agua. Asi pasaron la noche, y por la mañana, al salir el sol, ya amainada la tempestad, un marinero gritó: *¡Tierra! ¡Tierra!*

La esperanza revivió en aquellos infelices; se echaron al mar las chalupas, conduciendo á ellas armas, víveres, y cuanto pudo salvarse; se arregló una inmensa balsa con los restos de los palos del buque, y todo el mundo se dispuso á partir. Distinguióse una isla al Sur, y otras al Este. Temerosos, por ignorar qué país era, enviaron las chalupas al reconocimiento. Es fácil figurarse la ansiedad con que aguardaron. Volvieron, dejando en tierra al capitán con cinco hombres. El resto de la tripulación desembarcó con toda felicidad.

Unos marineros que habian ido á buscar agua dulce en las concavidades de las rocas, retrocedieron asustados, y anunciaron que venian contra ellos muchas canoas llenas de negros. Empuñaron entonces las armas, y el capitán colocó su reducida tropa alrededor de las provisiones.

Pronto los supuestos negros (eran polinesios de color amarillo-bronceado) estuvieron á tiro de fusil, y se vió que las canoas no pasaban de dos y con poca gente. El capitán se adelantó solo, llevando en una mano la espada y en la otra una pistola, y dijo al intérprete las preguntas, en malayo, qué querian y cómo se llamaba la isla. No parecieron entender estas palabras; pero uno de ellos, mandando detener las canoas, preguntó en malayo al capitán si era amigo ó enemigo.

El intérprete, sin aguardar á que se le dictase la respuesta, contestó que la tripulación era inglesa, que el buque habia sido destrozado por la tempestad, y que se esperaba de su humanidad un asilo y los socorros necesarios para reenbarcarse.

Apenas el malayo que acompañaba á los indígenas les explicó estas palabras, bajaron á tierra y fueron sin

precaucion de ninguna especie á donde estaban los ingleses, abrazándose como antiguos amigos.

La isla era desierta, y se llamaba *Uruloug*, dependiendo del rey de Pelin, príncipe humano y generoso. Dos hermanos de este príncipe, que se encontraban entre los isleños, invitaron al capitán á enviar uno de sus oficiales á Pelin, capital de la isla *Corror*. Matias Wilson, hermano del capitán, partió, y el recibimiento que se le hizo estrechó los lazos, ya á medio formarse entre los indígenas y los ingleses.

Véase lo que contó Matias Wilson á su hermano:

«Cuando la canoa se acercó á la isla *Corror*, el pueblo salia de las casas á verme desembarcar. El hermano del rey me acompañaba; y me tomó de la mano para conducirme al sitio del desembarco, y desde allí á la ciudad. Habíase estendido una estera en el suelo y me hizo señas de que me sentase. El rey no tardó en llegar. Advertido por su hermano, me levanté para saludarle á la usanza oriental, llevando la mano á la frente é inclinándome, pero no pareció cuidarse de ello. Despues de esta ceremonia, le ofrecí varios presentes que aceptó con agrado. Su hermano habló con él sin duda para instruirle de nuestro desastre. En seguida mandó trasladar á su habitación los regalos, y ordenó á un jóven que estaba junto á él, subir á un cocotero y traerle un coco. Lo tomó, le quitó la cáscara, probó la leche, me pasó la fruta por medio de aquel jóven, indicándome se la devolviese despues de haber bebido; hecho esto, rompió el coco en dos, comió algo de él, y me lo envió para que también comiese.

«Vine al punto rodeado de una multitud de individuos de ambos sexos. El rey tuvo una larga conversacion con su hermano y los jefes, de que conocí era objeto, por lo mucho que me miraban. Me quitó casualmente el sombrero, y esto les sorprendió; advirtiéndolo, me desabroché la chaqueta y me descalcé, para mostrarles que no formaban parte de mi cuerpo, pues calculé que así se lo habian figurado al principio. En efecto, desengañados, se aproximaron á mí, me palparon, y reconocieron mi piel.

«Empezaba á anochecer; el rey, su hermano, otras personas y yo, nos retiramos á una casa donde se nos sirvieron, para cenar, ñames cocidos en agua. La mesa era un taburete, y al alrededor habia un banco. En una fuente de madera veíase una especie de puding de ñames cocidos y machacados. Habia además algun marisco.

«Despues de cenar, se me condujo á otra casa, á corta distancia de la primera. Allí encontré 50 personas de ambos sexos. Una mujer me indicó que me sentase ó me echase en una estera, de donde cogí que debía pasar allí la noche. Cuando se me hubo examinado de pies á cabeza, cada cual fue á acostarse. Aunque no pude dormir, permaneci tranquil. Al cabo de algunas horas, siete ó ocho hombres se levantaron y se pusieron á encender fuego en las dos estremidades de la habitación. Confieso que me asusté, pues creí que iban á asarme vivo; pero lo que hicieron fue calentarse perfectamente, cubrirse con las esteras y dormir hasta por la mañana.

«El hermano del rey me condujo á varias casas, donde se me obsequió con ñames, cocos, y algunas golosinas del país. En seguida fuimos á ver al rey, y le manifesté lo mejor que pude mis deseos de volver á donde me esperaba mi hermano. El me comprendió y contestó que las canoas se botarian al mar en cuanto cambiase el viento.

«Empleé el resto del dia en pasear por la isla, á fin de examinar sus producciones. Me pareció que consistian principalmente en ñames y cocos.»

Al dia siguiente *Raa-Ruk*, hermano del rey de Pelin, fué á anunciar á los ingleses que este príncipe se proponia dirigirse á su campamento, para darles nuevas señales de su amistad. En efecto, antes d

ponerse el sol, la mar se cubrió de canoas, siendo fácil distinguir entre ellas cuatro barcas mayores y mas elevadas que las otras, con coronas de cintas, collares y flores.

Toda esta escuadrilla se detuvo á la entrada del puerto, adelantándose solo las cuatro canoas del rey. Una, que llevaba mayor número de remeros, tomó la delantera y desembarcó frente á los ingleses, un corpulento indigena, con corona, brazaletes y ceñidor de plumas. Este embajador tenia en la mano una especie de palmo de banano, como signo de paz, segun el uso admitido en toda la Polinesia, y agitando el palmo á los ingleses que se acercaran. El capitán lo hizo así en medio de la tripulación; los caracoles sonaron por todas partes, y el rey, acompañado de su primer ministro, á quien se distinguía por el hueso que llevaba en la muñeca, fué á sentarse delante de la tienda construida por los náufragos.

El príncipe era, aunque magestuoso, dulce y afable; sin aguardar á que le preguntasen el nombre, dijo que se llamaba *Abba-Thulé*, y que mandaba en la isla. Estaba desnudo; y pendía de sus hombros un hacha de hierro, que sin duda habia sido dada por el malayo de quien se deja hecha mención; las demás hachas eran de piedra ó de concha. Trajéronse los regalos para el rey y su comitiva. *Abba-Thulé* quiso inmediatamente vestirse la casaca colorada que se le habia destinado, y los otros indigenas se envolvieron en las telas que se tuvo á bien dárles.

El capitán dispuso en seguida el ejercicio de fuego, y si bien pareció complacerles, no les causó poca inquietud cuando vieron caer muerta por la bala de un marinero un ave que se habia escapado del buque.

Dos perros de Inglaterra excitaban aun mas la admiración del rey, acostumbrado á no ver mas cuadrúpedos que las ratas.

La paz y la union mas estrechas existieron mucho tiempo entre los ingleses y los habitantes de Pelin. Estos, conformándose con las órdenes del rey, se prestaban á todos los trabajos propios para acelerar la composicion del buque. De repente el capitán notó cierto enfriamiento. El rey iba menos á menudo á visitarles. *Raa-Ruk* y *Li-bu*, iban como antes; pero con aire triste, y casi á fuerza.

Por fin una mañana, antes de salir el sol, fue el rey á ver al capitán, que estaba todavía acostado, y le dijo con lágrimas en los ojos (valiéndose del intérprete) que tenia un favor que pedirle; que hacia un mes queria hablarle, y no se habia atrevido por miedo de que le causase molestia. El capitán le instó. Entonces *Abba-Thulé* le dijo que era inminente la guerra con sus vecinos, y que esperaba de la amistad de los ingleses le acompañasen cuatro armados de sus fusiles. ¡Qué delicadeza con personas á quienes se ha salvado la vida!

En lugar de cuatro hombres, Wilson prometió cinco, y al frente de ellos se puso su hermano *Matías*.

No tardó en reunirse la escuadrilla. Los ingleses se colocaron cada uno en una chalupa de cuatro remeros. Los enemigos estaban en una isla vecina, y pronto se descubrió su escuadrilla, casi igual á la de *Abba-Thulé*. Cuando llegaron al alcance de la voz, se detuvieron; y los embajadores adornados de plumas blancas, adelantándose por ambas partes, conferenciaron bastante tiempo. Retiráronse al fin, y se dió la señal del combate. Las tropas de *Abba-Thulé*, que cubrian el frente de las chalupas inglesas, tambien se retiraron. Entonces las piraguas enemigas, que venian á toda vela, fueron acogidas por una terrible descarga, habiendo cada inglés disparado seis tiros. El ruido de las armas, el traje europeo, la vista de los cadáveres, todo consternó á aquella pobre gente, que no sabia por donde huir. *Abba-Thulé*, victorioso, volvió con los ingleses en medio de cánticos guerreros y al son de los caracoles marinos.

El gran *rupak*, en reconocimiento de tal servicio, regaló al capitán Wilson la isla *Urulong*; y le invitó á ir á Pelin para recibir los honores que se le debían. Wilson rehusó lo segundo, pero aceptó lo primero, haciendo izar el pabellon inglés que saludó con tres descargas de fusilería.

Raa-Ruk dispuso una especie de *ambigu*, en que, además de heladas azucaradas, figuraban e. inoprescindible ñame y el coco.

El rey entró y se sentó junto al capitán Wilson. Este regaló á *Abba-Thulé* aros de hierro y collares de hilo de oro y plata. Los curiosos pululaban, no cansándose de examinar á los extranjeros. Un tal *Davis*, que sabia dibujar, notó entre la multitud una mujer, bastante linda, y se puso á retratarla; pero la joven, observando que el extranjero no le quitaba los ojos, y que trazaba algo en un papel, se retiró enojada, sin que las instancias de los *rupaks* pudiesen retenerla. Un *rupak*, que vió el dibujo de *Davis*, quedó encantado y quiso mostrarlo al rey, el cual, encantado á su vez, deseó que el dibujante retratase á dos de sus mujeres, una de ellas llamada *Ludi*. Vinieron, y al principio se manifestaron risueñas, pero, en cuanto notaron que *Davis* no cesaba de mirarlas, parecieron inquietas, y sin las órdenes formales del rey, se habrían marchado.

Abba-Thulé condujo luego á los ingleses á su capital, situada en una colina cubierta de arboleda, á trescientas varas de la orilla. Mas allá del bosque habia una calzada con buen empedrado y dividida en dos caminos, uno para ir al astillero y otro á los baños. Los ingleses vieron muchas mujeres bastante hermosas, con el pecho pintado de amarillo, lo que les indujo á pensar si pertenecerían á una clase distinguida. Tambien observaron algunas casas de bonito aspecto, y en la que se les destinó durmieron bien.

Al día siguiente el rey los convidó á almorzar. Por la tarde se celebró un gran consejo, y cuando terminó *Abba-Thulé*, con el intérprete malayo, fué á ver á los extranjeros, y pidió á Wilson diez hombres para que le ayudasen en un segundo combate contra los mismos enemigos. Wilson le contestó que los ingleses eran sus amigos, y que los enemigos de *Abba-Thulé* lo eran tambien suyos. Preguntóle entonces el motivo de la guerra. El rey le contó que, en una fiesta en *Artuigall*, uno de sus hermanos y dos de sus jefes habian sido muertos, y que el pueblo de *Artuigall*, en vez de castigar á los asesinos, los habia protegido. Desde aquel dia, añadió *Abba-Thulé*, las dos islas están en guerra.

«Por la noche se obsequió á los ingleses con una danza guerrera, y las fiestas y los convites continuaron hasta el 4 de setiembre, época en que el capitán volvió con sus compañeros á *Urulong*.

Matías Wilson dió de la nueva campaña el siguiente relato:

«La noche que llegamos á Pelin queria el rey marchar contra *Artuigall*; pero el tiempo estaba muy húmedo. Por la tarde del día siguiente nos reunimos en la calzada, donde nos aguardaban el rey, *Raa-Ruk*, *Arra-Kuker* y los demás *rupaks* ó altos funcionarios. De allí fuimos á embarcarnos. La escuadrilla se componia de mas de 200 canoas. Avanzamos durante la noche hacia *Artuigall*, y antes de apuntar el día estábamos en frente de la isla; pero como los pueblos de Pelin no acostumbran sorprender al enemigo, hicimos alto.

«El rey de *Artuigall* esperaba el ataque, pues *Abba-Thulé* le habia dado aviso de antemano. Se conferenció, se propusieron condiciones á *Artuigall*, que fueron rechazadas, y *Abba-Thulé*, de pie en su piragua, agitó el baston, señal de ordenarse en batalla. Entre tanto el enemigo reunia sus canoas cerca de tierra, y tañia el caracol en señal de retó. Parecia decidido á no dejar la orilla. Los diez ingleses se habian diseminado en varias canoas. El rey tenia uno en la suya, y el general otro.

El rey, viendo al enemigo resuelto á no separarse de la costa, y conociendo que allí no podía atacarle con ventaja, envió algunas piraguas con orden á una division para que se ocultase detrás de un terreno elevado. En seguida empezaron á lanzarse dardos de una y otra parte. Sonó el caracol, y el rey de Pelin fugió huir en su canoa. Sus gentes le imitaron, retirándose á prisa.

Esta estratagema de Abba-Thulé animó al enemigo, que creyendo á los de Pelin heridos de terror pánico, dejó la orilla y se precipitó tras ellos. Apenas la division que estaba en emboscada los hubo visto, salió á todo remo, y se colocó entre la isla y el enemigo para cortar la retirada. El combate se generalizó; los dardos volaron con la mayor rapidez de un lado á otro. Los ingleses no cesaron de disparar y de matar. Por último, las tropas de Artingall, no pudiendo resistir tan terrible ataque, emprendieron la fuga.

«La division situada entre ellos y la isla, siendo inferior en número, no pudo evitar que alcanzasen la ribera. Se apresaron seis canoas y nueve hombres; lo que se consideró un gran triunfo, pues estos insulares rara vez hacen prisioneros. La escuadrilla de Abba-Thulé se pasó alrededor de la isla de Artingall, teniendo el caracol, en señal de victoria y desafío. La accion duró apenas dos horas.»

Los ingleses intercedieron inútilmente por los prisioneros; se les degolló en seguida. Para justificar esta conducta, el rey de Pelin dijo que lo hacia, porque antes se les perdonaba la vida, reduciéndolos á la condicion de esclavos; y como siempre hallaban medio de volver á su pais, concedores ya de los canales y enseñanzas de Pelin, ejecutaban secretos desembarcos y cometian robos y otros crímenes.

Entre los prisioneros habia un rupak. Tenia en la muñeca un hueso que se trató de quitársele; pero lo defendió tan bien y con tanto valor, que solo lo perdió cuando perdió la vida. Le llevaron á Pelin y le cortaron la cabeza, esponiéndola sobre un bambú delante de la casa del rey.

Abba-Thulé á su vuelta á Pelin, se detuvo en varias islas que dependian de él ó de sus aliados. La pérdida del enemigo fue considerable. Abba-Thulé tuvo algunos heridos; pero no murió ninguno.

Envalentonado con estos triunfos, el rey formó el proyecto de someter al pueblo de Artingall; consecuentemente pidió al capitán Wilson 15 hombres y un pedrero para una tercera campaña. El capitán accedió; pero con la expresa condicion de que los prisioneros serian entregados á los ingleses, para que estos dispusieran de ellos á su arbitrio.

La escuadrilla dejó á Urulong el 29 de setiembre y estaba de vuelta el 7 de octubre. Oigamos á Matías Wilson.

«Cuando llegamos á Artingall, no se veia una sola canoa, aun que el enemigo, segun costumbre, estaba avisado de antemano. Los soldados de Pelin, á fin de provocar á los de Artingall, desembarcaron y se alejaron de la orilla. Raa-Kuk les mandaba. El rey, que permaneció en su canoa, les envió de tiempo en tiempo sus órdenes, lo mismo que á Arra-Kaker. Se nos suplico que no bajásemos á tierra; sin embargo, como el enemigo empezaba á defenderse, corrimos á auxiliar á nuestros amigos, y atacamos varias chozas ocupadas por la gente de Artingall. El pedrero, desde una de las canoas, disparaba constantemente sobre los puntos fortificados y llenos de hombres. Estos tuvieron que salir de sus guaridas, y una de las principales quedó reducida á cenizas. Nos hicieron con todo mucho mal, arrojando sobre nosotros un diluvio de lanzas.

«Los naturales de Artingall pelearon valerosamente: defendieron la casa incendiada hasta que amenazó aplastarlos en su caída. Tambien un soldado de Pelin mostró extraordinario valor. Corrió á la casa, cuando

aun ardia, se apoderó de un madero encendido, y dirigiéndose á otra casa, llena de tropa enemiga, le prendió fuego. Este hombre tuvo la suerte de escapar vivo, y el rey le recompensó, poniéndole con su propia mano un pendiente en la oreja, y dándole el grado de rupak inferior, á su vuelta á Pelin.

«Los enemigos perdieron seis canoas; y su dique, mucho mas largo y ancho que el de Pelin, quedó enteramente destruido. Los vencedores, entre otras cosas, se llevaron la piedra donde el rey de Artingall solia sentarse para celebrar su consejo. Hubo fiestas, pero no tantas como en la segunda batalla; pues la muerte del hijo de Raa-Kuk y la de otro jóven distinguido, disminuyeron el entusiasmo; esto, sin contar 40 ó 50 heridos, muchos de los cuales sucumbieron á poco de llegar á Pelin.»

Hecha la paz con Artingall, Abba-Thulé pidió nuevos auxiliares á Wilson contra los habitantes de la isla Pelin. El rey exigia la entrega de dos malayos, retenidos en aquel punto. Para esta grande expedicion se hallaban ya dispuestas 300 piraguas, formando tres divisiones. El capitán inglés suministró el auxilio pedido: la partida fue el 27 de octubre, y la vuelta el 31 del mismo mes. El resultado fue altamente satisfactorio para Abba-Thulé; pues el rey de Pelin se conformó con las exigencias del primero, intimidado sin duda por los destrozos hechos en una de las islas de su pequeño grupo. Inútil nos parece decir que se le devolvieron los dos malayos.

El buque construido por los ingleses estaba al fin pronto para botarse al mar. Habíasele dado el nombre de Urulong. Abba-Thulé queria retener á sus huéspedes. Les ofreció las primeras dignidades del Estado; ofreció al capitán Wilson nombrarle rupak de orden superior, y Wilson aceptó; pero declarando formalmente que no podia permanecer mas en Urulong. En consecuencia, todo se preparó para la partida.

Colocóse esta inscripcion en el punto de la isla donde arribaron los ingleses: *Europeos, á quienes la casualidad ó la tormenta condujere á estas orillas, salud. El buque la Antilope, de la Compañía de las Indias, mandado por Wilson, naufragó en el arrecife que veis. La tripulacion construyó otro buque, y en él se ha reembarcado el 12 de noviembre de 1783. Devolved, si podeis, á los buenos habitantes de este pais, todo el bien que nos han hecho.*

El capitán dejó á Abba-Thulé dos piezas de campaña, dos fusiles, todas las herramientas que habian servido para la construccion del buque; en una palabra, cuanto podia poner á los indigenas de Pelin en estado de defenderse y perfeccionar sus artes. La separacion fue un prolongado llanto. Raa-Kuk queria seguir á los ingleses; pero Abba-Thulé no lo permitió, pues debia sucederle en el gobierno de Pelin. De los ingleses, un individuo llamado Masden Polachart, manifestó deseos de quedarse entre los insulares. El capitán Wilson le hizo algunas observaciones; pero viendo que eran inútiles, se le facilitaron muchos objetos necesarios en su posicion, prodigándole tambien consejos sobre la conducta que le convenia seguir. Nunca se ha sabido qué fue de este hombre.

CAPITULO XVIII.

CONTINUACION DEL ARCHIPIÉLAGO DE LAS CAROLINAS.

SUMARIO.

Sigue la historia de las islas Pelin.—Naufragio del buque americano *Mentor*.—Las islas Mortz, Kyangle y Iord North.—Islas de los Mártires.—Carolinas propiamente dichas.—Historia natural.—Isla Yap ó Guap.—Grupo de Mogolen ó de Rug.—Otros grupos é islas.

Después de Wilson, visitó á Pelin el teniente Macluer, reducido por los exagerados elogios del capitán de la *Antilope*. Macluer, á quien se deben grandes tra-

bajos sobre las costas de la India y la Papuasía, pasó en Pelin parte de los años de 1793 y 1794; pero halló á los habitantes recelosos y ávidos de lo que no poseen como sucedió á casi todos los salvajes y por desgracia al mayor número de los hombres.

Seguía á Macleuer otro oficial, llamado Jaime Wilson que mandaba el *Duff*, y que tenía orden de dejar unos buques en Pelin á la vuelta de su navegación por el Océano polinésico. Véase lo que dice:

«El 6 de noviembre de 1797, á las tres y media de la tarde, nos encontrábamos á dos millas lo mas del arrecife que se estiene á corta distancia de la mayor de estas islas. Llámase Babel Tuap, y está dividida en dos distritos gobernados cada uno por un jefe que reconoce la autoridad suprema de Abba-Thulé. Cuando nos pusimos á la capa, estábamos delante de la parte meridional del distrito de Artingall. Doscientas personas poco mas ó menos se reunieron en la orilla. Una docena de piraguas se deslizaban sobre las aguas, impulsadas unas por las velas y otras por los remos. Tres, á pesar de la mar gruesa, se aventuraron y llegaron cerca de nuestro buque, levantando un palo con un pedazo de tela blanca, que supusimos seria emblema pacífico. Nos dirigieron la palabra, como á personas que conocían de muy atrás; pero no los entendimos. Uno de ellos, un *napak* se deslizo en ofrecimientos; y sin embargo, no pudimos aceptarlos porque no habia un sitio donde echar el ancla con seguridad. Cuando nombramos á Abba-Thulé, repitieron el nombre muchas veces *S'Thulé S'Thulé* y mostraron la tierra con el dedo. El capitán, antes de marcharse, les regaló algunos cuchillos, espejos etc.; ellos arrojaron á bordo del *Duff* un par de cocos, que era cuanto poseían. A estas se redujeron todas nuestras comunicaciones con los habitantes de las islas Pelin.

«Si se ha de juzgar del pueblo entero por el corto número de indígenas que vimos, es inferior á los isleños de las Marquesas, de la Sociedad y de los Amigos (Nuka-Iwa, Taiti y Tonga). No tienen ni la estatura elevada y buenas proporciones de los dos primeros pueblos, ni el aspecto varonil y emprendedor de último. Se asemejan mas á los carolinos propiamente dichos. Se abren, como estos, las orejas, para colgarle adornos de vegetales, lo menos de una pulgada de espesor. En Pelin, lo mismo que en las otras Carolinas, el tatuado hace que las piernas y los muslos parezcan habor solo *teñidas de color negro azulado*. Se mostraron á nosotros enteramente desnudos, sin que les arredrase el menor sentimiento de pudor, y nos manifestaban su política y hospitalidad instándonos para que fuésemos á sus casas.»

El sabio navegante d'Urville reconoció en 1828, la parte oriental de este grupo, sin poder comunicar con sus habitantes. Su opinion, tocante á su posición y número de las islas, concuerda con la de Macleuer y Rienzi. Véase como Rienzi pinta el país y los habitantes:

«Esta cadena de islas se halla reunida por arrecifes y uno de los puertos es de acceso bastante difícil. Los insulares habitan un país pobre y medianamente cultivado. Su color es amarillo bronceado; son robustos de buena estatura y no mal formados; de mejor fudole que los demás polinesios, pero inferiores á los carolinos de Yap y probablemente á los de las otras islas de este inmenso archipiélago. Son codiciosos, suspicaces, cruels en sus guerras, van por lo general desnudos con un cinismo repugnante; si han tenido candor y generosidad en la época de Wilson, mucha debe ser su degeneración.»

Digamos ahora algo del naufragio del buque americano *Mentor*, pues que si él quizá no conocieramos todavía á los habitantes de las islas Mortz, Kyan-gle y Iord North.

«El 18 de mayo de 1832, dice el capitán Barnard, pasamos á la vista de la isla Mortz, y el buque, impe-

lido por una fuerte brisa del Sur-suroeste, navegaba hacia el Nor-noreste, con mas que regular valocidad. El 20 á eso de mediodía, cinglé al Norte-este, y el 21 calculé que debíamos encontrar nos al Noroeste de las islas Pelin. No habia visto el sol desde mi partida de Mortz; soplaban con violencia el viento del Sur-suroeste; llovía de un modo extraordinario; de improviso á las once de la noche, el buque dió contra una roca. Al momento la tripulación corrió á apoderarse de las chalupas, y en la primera que se lanzó al mar se metieron diez personas.

«Cuando esta chalupa se hubo alejado, hice cortar los palos del buque; pero no tardé en conocer que iba á sumergirse antes de que amaneciese. Una chalupa que botamos al mar con el marinero William Jones, zozobró en seguida. Yo habia visto una isla al Sudeste, y parte del arrecife, á distancia de tres ó cuatro millas. Con mucho trabajo conseguimos poner á flote la única chalupa que nos quedaba, y llegar al arrecife, donde pasamos todo el día y la siguiente noche. El 23 muy temprano, vimos aproximarse una nube de piraguas. Los indígenas, en cuanto estuvieron junto á nosotros, nos pidieron fusiles. Les contestamos que á bordo del buque habia muchos, y remaron en su busca. Habiendo aclarado el tiempo, alcanzamos á ver en la direccion del Sudoeste, gran número de piraguas que iban al buque ó á la isla.

«En cuanto los salvajes nos dejaron, resolvimos remar hacia la isla Kyan-gle. A la mitad del camino, los indígenas, en una gran piragua, se ofrecieron á llevarnos á remo que. Aceptamos; pero, despues de haber andado unas dos millas, sospechando que sus intenciones fu- en robarnos y quizá matarnos, di orden de cortar el cabo y arrojar al agua varios paquetes de efectos que entrelavieran á los salvajes; virando luego de bordo, y á fuerza de remos, con rumbo al Sur, conseguimos ponernos á gran distancia de ellos.

«Al amanecer estábamos á la altura de la isla de Babel-Tuap; el día siguiente, no sin mucho trabajo, á causa del excesivo calor, abordamos á un islote, donde pudimos apagar la sed. Asaltáronnos al momento los indígenas, que nos quitaron todo, hasta la ropa que llevábamos encima, dejándonos literalmente sin camisa.

«Se nos condujo á presencia de los jefes, que nos interrogaron acerca de nuestro viaje, inquiriendo sobre todo el espacio que distaba de allí el buque naufragado. Cuando hubimos satisfecho sus preguntas nos dieron de beber y nos ofrecieron viveres que rebu- nos. Aquellos isleños me parecieron belicosos y bárbaros; iban enteramente desnudos; sus mujeres llevaban un peizao de estera sujeto á la cintura. Nos trataron con bastante hospitalidad, y hasta nos alojaron en su mejor cabaña. Cuando no tenían pescado que ofrecernos, mataban una cabra ó un cerdo, lastimándose de nuestra situación.

«Despues de aguardar algunos días á que soplasen viento del Este, me disponia á partir; pero mis huéspedes me dijeron que era preciso quedasen en la isla seis de los nuestros en rehenes, y que seis jefes me acompañarian en la chalupa. Como clamase contra esta proposición, me hicieron observar que así habia obrado en Corror el capitán Wilson, y que si consentian en que marchasen todos, nadie les aseguraba la recompensa de sus afanosos cuidados. Preguntéles cuál era la recompensa que querian. «Fusiles, respondieron; los naufragos ingleses han dado fusiles á nuestros hermanos de Corror, y esperamos que nos traéis del mismo modo.»

«Lo mas que pude conseguir fue que, en vez de seis quedasen solo tres, y que un número igual de jefes nos acompañasen.

«El 22 de noviembre, soplando viento favorable, partimos. En mi chalupa iban tres hombres y en una piragua cuatro y los tres jefes. Navegamos aquel día

cerca de 20 millas. No tenía mas instrumento que una brújula, y nos encontrábamos á 600 millas de Ternate, que era la tierra mas próxima.

Desde que salimos de los arrecifes, cinglé hacia el Sudoeste. La mar gruesa no nos permitía avanzar sino con trabajo; para colmo de desgracia, nuestro timon se descompuso, y hubo que detenernos toda una noche. La tempestad pareció pronta á estallar, y las murmuraciones de mi gente me inducian ya á retroceder al punto de partida, cuando volvió con el día el buen tiempo, y los temores se disiparon. Navegamos sin otro incidente hasta el 29. El viento no cesó de sernos favorable. Nos dirigimos al Sudoeste, con la esperanza de arribar á Mortz ó á Gilolo. El 29 por la noche, la piragua zozobró, y perdimos una ó dos horas en ponerla á flote. Trasládé á la chalupa cuatro de los hombres de la piragua, para aligerarla; pero se llenó tanto de agua durante la noche que fue preciso renunciar á ella. Once éramos ahora en la chalupa. Cuando había calma, remábamos, y cuando soplabla la brisa, largáramos nuestra vela. Así seguimos hasta el 6 de diciembre, día en que descubrimos tierra á unas seis millas de distancia. Poco después vimos muchas piraguas, y no habiendo medio de huir, nos resignamos con nuestra suerte. En menos de cinco minutos salieron á nuestro bordo, y nos despojaron de cuanto teníamos. Nos condujeron luego á su isla, que apenas contenía tres cuartos de milla de larga y media de ancha, y cuya poblacion no excedía de unos 300 habitantes.

Se nos sirvió de comer y de beber. Los hombres me parecieron robustos, las mujeres débiles. Nos trataron con bondad, sin obligarnos á ninguna clase de trabajo. Eran sucios. Yo pasaba el tiempo en recorrer la isla, sin saber donde estábamos. Suponia haber dejado al Oeste la isla de Mortz y encontrarme en la de Maggu. Cada día formábanos nuevos proyectos de fuga; hasta que el 3 de febrero de 1833, por la mañana, divisamos al Sur un buque con rumbo hacia nosotros é intencion de arribar á la costa occidental.

Corrió la voz, y en un momento hombres, mujeres y niños se precipitaron, cargados de cocos, que se proponían llevar al buque. Nosotros acudimos también; pero se nos rechazó de todas las piraguas. Al fin salté dentro de una; y cuando iban á arrojarne al agua, un anciano intervino, y parlé con ellos. Qué sensación esperimentaría al llegar junto al buque! Era un bonito barco; al pronto, viendo muchos negros á bordo, le creí holandés, con tripulacion malaya. Pedí permiso de ir á bordo, y ya sobre el puente, supe que el buque era español y que se llamaba *La Sabina*, al mando del capitán Gomez, de Manila, procedente de Bengala con rumbo á Macao. El capitán me recibió muy bien, pero me dijo que no podía detenerse hasta que se trasladase á los demás náufragos. Me facilitó algunos aros de hierro para regalar á los salvajes, que se mostraron muy agradecidos, y no dudo hayan tratado perfectamente á los que quedaron en la isla embarcándolos en el primer buque que los visitase. A bordo de *La Sabina* supe que la isla donde habia vivido dos meses era la de *Lord North*.

El pequeño grupo de Tamatani, Fanandik y Ollap, conocílo por las *Islas de los mártires*, y que señaló el español Ibargoitia, capitán del buque *Filipinas*, en 1801, ha sido reconocido sucesivamente en 1819, 1824, 1826 y 1828 por Freycinet, Duperrey, Rienzi y d'Urville. Son tres islotes bajos, poblados de árboles y con arrecifes. El grupo entero no cuenta mas de seis millas de estension de Norte á Sur.

La mayor parte de las islas Carolinas propiamente dichas no tienen de comun mas que el coral que les sirve de base, y comprenden terrenos y pueblos muy distintos. Los españoles las descubrieron. Los recientes trabajos de Kotzebue, Chamisso, Freycinet y Duperrey, los reconocimientos d'Urville, y sobre todo

las exploraciones del capitán Lutke, han atraído la atencion sobre aquel archipiélago, compuesto de mas de 500 islas.

Sus principales producciones vegetales son el coco, el nipa, tres ó cuatro palmeras mas, el árbol del pan, el *pinang*, varias acódeas, el banano, diferentes higueras, el *baringtonia* de magníficas flores, el *sonneralia*, que está bañado por el agua del mar y el colofilo, de preciosas hojas. No hay allí fieras ni serpientes venenosas; la atmósfera es refrescada por el aire que viene del mar.

Los padres Cantova y Walter salieron de Guajam el 2 de febrero de 1731, para ir á convertir al cristianismo los habitantes de las islas descubiertas al Sur de las Marianas. Llegaron felizmente á una de las Carolinas el 2 de marzo, y allí residieron tres meses, ocupados en los ejercicios de su mision. Véase como Hernando Vahliés, entonces gobernador de Filipinas, refiere sus trabajos y de gracias.

Como allí se carecia de todo, Walter se embarcó para volver á las Marianas en busca de lo necesario á la subsistencia de Cantova, quien se quedó con 14 marianos que le acompañaban; pero los vientos contrarios obligaron á Walter á hacer escala en las Filipinas, donde debian aguardar el buque que va todos los años á las Marianas. No se reembarcó, pues, hasta el 12 de noviembre de 1732, y desgraciadamente, al cabo de tres meses y medio de navegacion, el buque encalló á la entrada del puerto. Los misioneros sin desanimarse, hicieron construir y cargar de provisiones otro barco, en el cual se dió á la vela Walter, el 31 de mayo de 1733, con 44 personas.

Después de nueve dias de navegacion, se encontraron cerca de las islas, y dispararon algunos cañonazos para avisar á Cantova de su llegada; pero, ninguna barca apareció, lo que indujo á sospechar que le hubiesen matado los salvajes. Aproximándose á tiro de pistola, se vino en conocimiento de que la antigua casa habia sido quemada, y que la cruz no existia ya. Cuatro piraguas se acercaron al buque con frutos del país, y como se les preguntase por Cantova y sus compañeros, la respuesta fue que estaban en la grande isla de Yap, pero el terror retratado en sus semblantes y la oposicion á saltar á nuestro bordo, aun ofreciéndoles galleta, tabaco y otras fruslerías de su gusto, no dejaron duda de que aquellos infelices habian sido víctimas de los bárbaros.

Al fin se logró coger á uno y subirle al buque, los demás, arrojándose al agua, huyeron con grandes gritos. Al día siguiente se hizo rumbo á Yap. El indígena, habiéndosele prometido perdonarle la vida si decia la verdad, confesó que, á poco de marcharse Walter, se habia dado muerte á Cantova y á todos los compañeros.

Cantova, con el intérprete y dos soldados, fué á la isla Mogmog á un bautizo; los demás quedaron en Talelep. Apenas el misionero saltó en tierra, los habitantes se precipitaron hacia él armados de lanzas; como Cantova los preguntase por qué querian quitarle la vida, siendo así que él no les irrogaba el menor daño contestaron: «Tú vienes á destruir nuestros usos y costumbres; para nada queremos tu religion.» Dicho esto, le atavesaron con sus lanzas, desnudaron el cadáver, le envolvieron en una estera y le dieron sepultura, como á persona principal, bajo el piso de una de sus casas. Asesinaron tambien al intérprete y los dos soldados, y pusieron sus cuerpos en una piragua que abanquearon al empuje de las olas.

Ejecutadas estas cuatro muertes, se embarcaron y dirigieron á la isla Talelep. Los soldados, al verlos aproximarse tan furiosos, trataron de defenderse, y dispararon cuatro pedreros que tenian delante de su casa. Cuatro indígenas sucumbieron. Los soldados continuaron el combate á sablazos; pero, cediendo en fin al superior número del enemigo, uno tras otro ca-

yeron y se los enterró en la costa. Catorce fueron las víctimas; Cantova, ocho españoles, cuatro indios de Filipinas y un esclavo.»

La isla Yap ha sido visitada por varios marinos, entre otros por el capitán del *Shallow*, en 1804, y 20 años después por Rienzi. El capitán Darnont d'Urville tuvo algunas comunicaciones con los naturales. «Son, dice, bien formados, de fisonomía franca, alegre, y los harapos de que van vestidos prueban que tienen trato con los europeos. Uno de ellos que hablaba algo el español, me citó los nombres de seis ó nueve buques que han perecido en las costas de la isla. Me dijo que había estado en Gnafam. Se tallan apenas; su tez es clara, y muchos llevan sombreros puntiagudos como los chinos. Sus piraguas son semejantes á las de los demás carolinos, solo que las estrechidades suben mucho mas, como las góndolas de Constantinopla. La isla ofrece el mas risueño aspecto, sobre todo en la parte meridional, que es baja y está casi cubierta de cocoteros. De distancia en distancia se notan en la orilla grandes casas con inmensos techos, por el estilo de las islas Pelin.

El grupo de Iloqueien es el mas importante de la Polinesia, después de las islas Pelin.

El capitán americano, B. Morell, visitó repetidas veces este grupo, que los naturales llaman Rug y que él denomina Bergio; y residió allí tres dias, á fines de agosto de 1830. Véase como describe á aquellos insulares.

Los naturales de Bergio, dice, son los mas activos, amables, é interesantes de todos los isleños que he podido visitar. Admira la destreza con que manejan sus piraguas. Estas piraguas llevan dentro de 15 á 30 hombres. El fondo es de una sola pieza de madera con 30 á 50 piés de largo; los costados de una sola tabla, con 14 á 18 pulgadas de ancho, pero perpendicular á la superficie del agua, y otra algo inclinada relativamente á esta superficie. Los costados están unidos al fondo por medio de fuertes cuerdas de corteza de árbol, lo mismo que á la popa y á la proa, elegantemente trabajadas. Para que la piragua no zozobre, tiene por fuera del borde oblicuo una plataforma, llamada balancin, que se extiende horizontalmente, á la distancia de 8 á 10 piés.

«Las islas del interior son las únicas habitadas, y tienen una población de 35 á 40,000 almas, dividida en dos razas distintas. Las dos principales islas del Oeste, con algunas de las pequeñas, están pobladas por la raza india de color cobrizo, mientras que las dos islas orientales, con sus dependencias, contienen una raza que se aproxima mucho á la de los negros.

Los hombres de esta última raza son bien proporcionados, musculosos y activos; su pecho ancho y saliente, sus miembros como hechos á torno; sus manos pequeñas y lo mismo los piés, dientes hermosos y blancos, pescuezo corto y grueso, anchas espaldas, ojos negros y vivos. La expresión habitual de su fisonomía anuncia un carácter fiero y emprendedor.

«En la cintura llevan una estera fabricada de corteza de árbol, cuyo tejido es elegante y con adornos de figuras de colores. Su cuerpo está tatuado, y presenta la forma de una armadura. Se tñen el pelo de rojo, y la cara de amarillo y de blanco, excepto cuando van á la guerra.

«Las mujeres son de corta estatura, y sus bonitas facciones y ojos negros y brillantes, respiran ternura y voluptuosidad. Usan un pequeño delantal, con adornos de conchas, y un manto ó túnica tejida de cierta yerba sedosa, que se parece al *paua* de los americanos del Sur.

«Las ocupaciones de las mujeres consisten en la fabricación de todas las telas, de los cordeles de pescar y de las redes, en el cuidado de la cocina y en el de educar á los hijos.

«Las dos islas del Oeste están pobladas por unos

15,000 indios de color de cobre, algo mas bajos que los de raza negra, pero fuertes, vigorosos, atléticos, y mejor constituidos para la guerra y la fatiga. Se atan el pelo sobre la cabeza, y su frente es elevada. El vestido de ambos sexos es como el de sus vecinos del Este. Llevan braceletes de concha de tortuga en los brazos y de nacar en las piernas y en la garganta del pie. Las mujeres son núbiles á los 12 años, y muy lindas y bien formadas. La elasticidad de sus movimientos es comparable á la que se atribuye á las sílfides.

«La castidad y fidelidad en el matrimonio parecen sentimientos innatos en estos pueblos, y apenas se concibe que sea posible faltar á tales virtudes. Una mujer no había nunca de su marido sino con la sonrisa de la satisfacción. Los hombres son amigos leales, buenos vecinos, y muestran una obediencia implícita á las leyes y costumbres bajo cuyo imperio viven. Los actos de injusticia y opresión apenas se conocen entre ellos. Hombres, mujeres y niños trabajan desde que sale el sol hasta que se pone, en la pesca, en la fabricación de armas, telas, habitaciones y piraguas.

«¿Quiere decir esto que no se vean allí ejemplos de maldad ó de vicio? La perfección no existe en la tierra. Lo que sí asegurará es que esos ejemplares son raros, mas raros que en ninguna otra parte.

«En cuanto á ideas religiosas, creen que todo ha sido formado por un sabio y poderoso Ser que lo dirige y gobierna, y cuya mansión está mas allá de las estrellas. Creen que vela sobre todos sus hijos y sobre todas las cosas animadas con un cuidado y afectos paternales; que provee á la subsistencia de los hombres, de las aves, de los peces y de los insectos; que el Criador riega las islas con sus propias manos; que ha plantado el cocotero, el árbol del pan y los demás árboles y plantas; que las buenas acciones le agradan y las malas le ofenden; que serán felices ó desgraciados en la otra vida, segun se porten en esta; que los buenos vivirán entonces en un grupo de islas deliciosas, mas hermosas aun que las suyas, y que los malos serán separados de los buenos, y trasladados á alguna isla peñascosa y estéril, donde no haya ni cocoteros, ni árboles del pan, ni agua fresca, ni pescado, ni huella alguna de vegetación. No tienen templos ni culto exterior de ningún género; pero dicen que aman al Supremo Ser por las bondades que les prodiga.

«Cuando un próximo pariente muere, se abstienen de comer durante 48 horas, y en un mes se alimentan solo con frutas. Por la pérdida de un padre ó de un esposo, la regla es irse á vivir tres meses aislado en las montañas.»

Lo que este navegante dice luego sobre las guerras de los indígenas, casi nada se diferencia de lo que hemos referido en otros capítulos sobre el mismo asunto.

El pequeño grupo de Mac-Askill fue descubierto por el capitán así llamado, y visitado después por los señores Duperrey y Lutke. Comprende tres islotes: Pel-elap, Tugulú y Takai.

El grupo Duperrey, descubierto en 1824 por este navegante, se compone tambien de tres islotes: Mongul, Ugai y Aura.

Las islas *Numuluk* fueron descubiertas por el capitán Lutke, en enero de 1828, y visitadas en mayo de 1830 por Morrell, que las denominó *Sheddy's group*. Es un grupo de seis millas de circunferencia, que contiene tres islas bajas y pobladas de árboles; Morrell asegura que sus habitantes son parecidos á los de Ilogolen, y que el terreno está casi todo cubierto de cocoteros y árboles del pan.

Las islas *Nugnor* ó *Monteverde*, descubiertas en 1806 por el capitán de este nombre, son un grupo de muchos islotes bajos y habitados, que mide 10 millas de Nordeste á Suroeste. Los naturales son altos, bien

formados y activos. La estatura media de los hombres es de cinco pies y nueve pulgadas. Su tez aceitunada, su nariz chata; el pelo negro y rizado, los pómulos salientes, ojos muy vivos y pequeños, frente elevada, dientes blancos e iguales. Después que se casan, el traje de los dos sexos consiste en una especie de delantal que desciende hasta la mitad de los muslos; antes, así hombres como mujeres van enteramente desnudos. Cuando Morrell visitó este grupo en 1830, los insulares invitaron a los americanos a acercarse a tierra ofreciéndoles traerles ostras, conchas de tortuga y otros objetos del país. Cincuenta piraguas se reunieron en poco tiempo; pero Morrell observó que en vez de los artículos ofrecidos, los indígenas embarraban a toda prisa lanzas y macanas, embalsamándose además la cara de rojo, prueba evidente de sus hostiles intenciones. Morrell los dejó hacer, y cuando las cincuenta piraguas llenas de guerreros, se adelantaron a cierta distancia, largó las velas del *Antarctic*, y se deslizó sobre los mares con asombro de los indígenas de Nugini, que se figuraban a la gran piragua ya entre sus manos.

CAPITULO XIX.

ISLAS LUGUNOR Y SENAYINE.

SUMARIO.

Historia natural.—Carácter de los indígenas.—Vestidos.—Tatuaje.—Industria y usos.—Sentimiento de los indígenas al ver partir a un navegante.—Prodigiosa multiplicación de los peces.—Isla Punipet.—Perro salvaje.—Fosforescencia del Océano polinesio.

Entre los 3° 17' y 5° 37' de latitud Norte y los 206° 7' y 206° 23' de longitud Oeste, hay tres grupos de coral, muy bajos, que comprenden lo menos 90 islotes de varios tamaños. El capitán inglés Montrok los descubrió por primera vez en 1793, y con su nombre están señalados en el atlas del almirante Krusenstern y en el del almirante Lutke. El mas oriental de estos grupos, Lugunor, es de forma oval, y tiene 18 millas de circuito. La isla de Lugunor, que ocupa el ángulo oriental, se encorva, a modo de herradura, y resulta de ahí un buen puerto, llamado puerto *chamisso*, en honor del sabio navegante que dio el primer nombre, acerca de este archipiélago, algunas noticias dignas de fe.

Las partes mas altas de la isla Lugunor, segun Lutke, están cubiertas de árboles del pan, y en sus costas, crecen particularmente cocoteros. Hacia el Sur, el suelo es arenoso; pero, hacia el Norte se encuentra mucha tierra vegetal, donde se ven diseminados los plantíos de *yaro*, que exigen un terreno húmedo; en sus cercanías están todas las habitaciones de los indígenas. El bosque que rodea estos plantíos forma un magnífico panorama.

La isla no tiene mas agua dulce que la que cae de las nubes, y se recoge en fosos ó en agujeros abiertos al efecto en los troncos de las palmeras cuya posición es inclinada. A los habitantes les basta, primero porque beben poca agua, y segundo porque este elemento, tan necesario á nosotros, lo suplen con la deliciosa bebida que la naturaleza les prepara en el fruto del cocotero.

Los lugunorios son hospitalarios, buenos, reservados, y tienen maneras agradables. Sin la infantil confianza de los habitantes de Uali, no tienen tampoco el carácter superlativamente suspicaz de otros isleños de la Oceanía. Son hábiles en el tráfico, pues procuran recibir lo mas y dar lo menos posible; pero, para lograr este fin, no emplean el fraude ni el robo.

Una de las pruebas del buen corazón de un hombre, dice Lutke, es cuando se aficiona fácilmente á

otro hombre cuya reciprocidad espera, y los lugunorios son gente de esta especie. Cada uno de nosotros tenía su amigo particular. El mio era Selen, con el cual, en testimonio de amor, hubo de cambiar el nombre; uso tan común en Lugunor, como en las demás islas de la Polinesia. Sus celos excesivos nos privaron de verlos en el interior de la vida doméstica; pero nos parecieron muy apegados á sus mujeres é hijos, para quienes nos pedían á menudo regalos. La sola distinción de los jefes es que tienen varias casas; una á parte para las mujeres, y otra para las piraguas de guerra.

La estatura de los lugunorios es mas que mediana. Son fuertes y bien formados; el cuerpo de color de castaña, los labios gruesos, los dientes sanos, los ojos tiegros y grandes, aunque por lo general sin expresión; la barba larga en algunos, pero clara, y el pelo negro y espeso; se lo suelen atar sobre la nuca, sujetándolo con un peine de tres dientes. Visten una cosa parecida al *poncho* de los americanos del Sur ó á la casulla de un sacerdote católico.

Se sirven para tatuarse de una especie de azuela, cuyo filo está dentellado. La apoyan en el cuerpo y golpean encima suavemente con un mazo hasta que los dientes penetran la epidermis; en seguida froitan esta con el jugo de una planta (*curbera* ó *calophyllum*) ó con carbon. Trazan así sobre las piernas y el pecho grandes líneas negras, lo que da á las primeras la apariencia de medias rayadas. En las manos se dibujan pececillos y lo raro es que estas figuras llevan los nombres de las distintas islas.

Un isleño llamado Peseng, dice Lutke, tenía en el muslo izquierdo, por encima de la rodilla, cierto número de peces y ganchos, que indicaban á Lugunor y los grupos vecinos. Cada línea de la pierna y la mano, tenía el nombre de una isla, desde Faunupel hasta Pelly. Cuando hubo contado todas estas islas, quedaban aun algunas rayas, que llamó *Manina* (Manila) *Uon*, Saipan etc. Es a modo de un rosario geográfico. Añad mas el color de su rostro, frotándolo con polvo amarillo que extraen de la raíz de una planta perteneciente al género de los *actes*.

Su pelo está lleno de inmundicia, y Lutke dice que si bien no se atreve á asegurar que se la coman con tanta fruición como los ualaneses, ciertas señales y gestos le han hecho presumir que no les es extraña esta costumbre.

El árbol del pan abunda en este grupo. Los habitantes cuecen el fruto y lo preparan á fin de que les dure haciéndolo fermentar en agujeros. No les gusta la carne salada, pero sí y mucho las palomas y gallinas. Tambien se han encontrado en sus casas perros y gatos, y á estos últimos los llaman *cotos*, de donde resulta que ó los han traído de las Marianas, ó los españoles se los han llevado. Al perro le dan el nombre de *colan*.

Su única arma es la honda, que tejen de las fibras del coco, lo que parece probar que la guerra es rara y quizá desconocida entre los indígenas. De los objetos de hierro que se les ofrecían, tomaban con preferencia las hachas. Los eslabones, las piedras de chispa, las agujas, las piedras de amolar, todo esto les causaba el mayor placer, al contrario de los objetos de vidrio que les eran casi indiferentes.

Los habitantes de Lugunor son los mas orientales de los carolinos viajeros.

Sus escursiones los estimulan naturalmente á observar los astros, como únicos guías á falta de brújula. Tienen nombres para las principales estrellas, para las distintas épocas del curso diario del sol, para cada día del mes lunar. Dividen el horizonte en 28 puntos, lo que ciertamente es el medio mas natural y seguro para el que no necesite efectuar grandes cambios de latitud.

La lengua de los lugunorios es mucho mas difícil de